

The background of the cover is a dark brown color. It features a large, stylized tree in a light beige color. The tree's branches and trunk are composed of thick, swirling lines that form a complex, organic pattern. The leaves are represented by small, dark brown shapes. The overall style is reminiscent of traditional folk art or a woodcut print.

Berrinche literario
Muestra de cuentos
del taller de narrativa
dictado por
Marco García Falcón

**Berrinche literario.
Muestra de cuentos
del taller de narrativa
dictado por Marco García Falcón**



Petroperú SA

Berrinche literario.

Muestra del taller de narrativa dictado por Marco García Falcón

Lima, Petróleos del Perú, 2017, 112 pp., 14,5 x 20,5 cm

Primera edición, agosto de 2017

Tiraje: 500 unidades

© Petróleos del Perú-Petroperú SA

Gerencia Coporativa Gestión Social y Comunicaciones

Avenida Enrique Canaval Moreyra 150, Lima 27, Perú

Teléfono: (511) 614-5000, anexos 11220 y 11224

www.petroperu.com.pe

cope@petroperu.com.pe

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Corrección de estilo, edición, diseño y diagramación: Grafos & Maquinaciones SAC

Imagen de portada: fragmento de «El árbol de la vida» de Gustav Klimt (1909)

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú

N.º 2017-09610

Impreso en Rapimagen S.A.

Av. Caqueta 467 of. 415, Lima 31

RUC 20291735241

Lima, Perú, agosto de 2017

Índice

Palabras iniciales	7
Eurídice RUBÉN SILVA	9
Amo del tiempo MANUEL TERRONES PACHECO	13
Carrera de bicicletas FERNANDO ESPÍRITU ÁLVAREZ	15
Las campanadas ROSSANA SALA	23
Si tú me miras ÁNGEL MÁLAGA	31
El encendedor YASSER ZOLA	39
La bala JOHAN SÁNCHEZ	45
Uno menos EUGENIO OLIVEIRA	63

Sentado bajo tus algarrobos ÓSCAR CALLE ELESANO	73
Gigantes PABLO IGNACIO CHACÓN	77
Puma vive CARMEN LUZ GORRITI	83
Último invierno con Paloma MAJENDA MELGAREJO ALIAGA	93
El alivio ALFONSO RIVADENEYRA GARCÍA	99
Perspectiva CLAUDIO TEMOCHE CORTEZ	105
El desfiladero de bustos BRUNO CUEVA	111
Delación BRYAN PAREDES	121
6:25 MARVEL SABINO PRETEL	125

Palabras iniciales

Desde 1979, la Bienal de Cuento «Premio Copé» es, sin duda, una de las convocatorias más esperadas de la agenda literaria peruana. Sin embargo, el compromiso de Petroperú con la escritura creativa va más allá de organizar los certámenes más prestigiosos y de más larga vida en el país. En no pocas ocasiones, los participantes han expresado su deseo de que la empresa organice también talleres que mejoren sus habilidades y recursos. Así nació «¿Cómo mejorar un cuento?», taller de composición y edición narrativas a cargo del escritor Marco García Falcón. Cuatro sesiones de dos horas cada una, del 19 de abril al 10 de mayo de 2017.

El taller buscó afinar cuentos ya concluidos por los participantes o que estuvieran en proceso de escritura. Se puso mucho énfasis en evaluar los alcances del argumento y cómo este se plasmaba eficazmente en el relato. Hubo también un particular enfoque en discutir acerca de la intensidad narrativa, el lenguaje empleado, el manejo de los diálogos y la construcción de personajes, así como en la importancia que había que darle a los inicios y finales de los cuentos. Junto con el trabajo práctico, se discutieron, además, algunas teorías

sobre el cuento y las técnicas utilizadas en un conjunto de relatos canónicos.

El 20 de abril, al día siguiente de la primera sesión, se creó el grupo Berrinche Literario en Facebook, con el fin de compartir los textos e intercambiar opinión. Un nombre que no merece mayores explicaciones, y que de algún modo refleja el espíritu de este volumen, una muestra que reúne diecisiete cuentos sobresalientes del taller.

El editor
Lima, 19 de junio de 2017

Eurídice
por Rubén Silva

Empecemos por el final, dijo Él y recorrió su cuerpo. La mirada atravesaba la niebla y se detenía morosamente en Ella. Luego avanzó y la abrazó fuerte, de una manera desconocida. Ella buscó sus labios. Él los alejó. Ella besó el viento. Luego subieron al auto y no se dijeron nada. Todas las palabras quedaron atrapadas. Eran agua en una represa a punto de romperse. La presión parecía constreñir algún órgano vital. Dolía. Era casi insoportable, pero aun así nada se dijeron.

Él conducía con destino incierto. Iba y venía por las mismas calles. Parecía querer perderse en la ciudad. Desaparecer en la tarde que moría en la niebla de agosto. No llegar a ningún lado. No decirle nada. Ella solo quería encontrarse en sus ojos, en sus brazos. Sentirlo en la tranquila oscuridad de una habitación cerrada.

Llegaron, por fin, a la playa. Aunque entre inicio y llegada no había mucha distancia, se habían demorado más de una hora. Se estacionaron. Él se quedó aferrado al timón un instante, la mirada perdida. Dudaba. Caminaron hasta la orilla. Él iba delante y Ella detrás. De pronto se volvió, sonrió triste. Se sacó la casaca, sin decir nada, se la dio.

Ella no llevaba abrigo ni chompa. Sobre la delgada blusa se cruzaba la bandolera de su morral de cuero. En la cabeza llevaba un sombrero blanco. En el morral, su cepillo de dientes. Lo llevaba por primera vez. Lo iba a dejar dormir en un vaso del baño del hostel. Se sacó el morral y se puso la casaca. El abrigo estaba bien, lo agradeció. El olor del hombre la envolvió. Se arropó con él. Hubiera preferido el calor de su cuerpo, sin embargo.

Él llegó a la orilla. El viento agitaba su bufanda roja. Se inclinó y recogió unos cantos rodados. No me gustan las playas de arena, dijo sin mirarla. Pero puedes caminar descalza, casi susurró Ella haciendo equilibrio sobre las piedras, avanzando hacia Él. Ese día se había puesto, ajena a su costumbre, zapatos de tacón. Él volvió a su mutismo. Empezó a hacer rebotar los cantos sobre el agua. Ella solo lo contemplaba.

Solo cuando nadie lo contempla, el mar es el mar, dijo de pronto. No se lo decía a Ella. No se lo decía a nadie ni siquiera a él mismo. Era solo una frase que se arroja al viento. Un puente que se tiende hacia ningún lado. Un paréntesis que se abre sin saber cuándo se cerrará. Se le habían acabado los cantos. No quería soltar las palabras embalsadas. Solo quería cubrir el silencio.

¡Lêdo Ivo!, dijo casi sonriendo Ella. Había visto un puente. La pared de niebla, brisa marina y frío pareció disolverse como por ensalmo. El mar cesó su violencia. Asentía con lo dicho en esos dos versos. Él se volvió hacia Ella, sonrió y se acercó por el puente frágilmente tendido. Tengo frío, le dijo. Ella abrió los brazos. Sus cuerpos se juntaron en un largo abrazo. Ella creyó sentir que todo estaba bien. Dejó de sentir la opresión en el pecho. Cerró los ojos.

Deshicieron el abrazo. Se tomaron de las manos. Vamos, le dijo conduciéndola con cuidado sobre las piedras irregulares. Subieron al auto. Ahora tenían un destino. Siguieron por todo el malecón. También este trayecto fue silencioso. Distinto. Iban sonriéndose, mirándose, acariciándose. Llegaron al edificio cuyos últimos pisos se clavaban en la niebla. De pronto, desaparecieron en su interior devorados por una puerta levadiza que los conducía a la cochera.

No enciendas la luz, dijo Ella, voy a desaparecer. Eran amantes desde hacía meses y Él nunca había visto su cuerpo desnudo. Al llegar a la pequeña habitación del hostel que habían hecho su hogar desde hacía poco, empezaron una suave, pero firme batalla. Él le quitó el sombrero, hasta allí no hubo problema; luego intentó quitarle el resto de la ropa. Ella respondió con abrazos y besos asfixiantes y se soldaba a su cuerpo. Pero Él consiguió separarse y seguir con su tarea.

Al final, al verse casi derrotada, corrió con los pantalones desabotonados, cubriéndose los pechos, a apagar la luz; luego se escurrió entre las sábanas. No era que no quisiera hacer el amor; disfrutaba mucho del sexo. Ya en el lecho, ella misma tiró de su pantalón, de sus bragas y tiró del hombre para acercarlo a su sexo y empezar otra batalla, esta vez lenta, pero constante e intensa, gozosa y sin apuros.

Como otras veces, al terminar, dijo con tono de culpa o de tristeza: Lo siento, tengo muchos nudos, mientras ponía la mano del hombre sobre su pecho, quisiera ser totalmente libre, no puedo...

Esta vez Él no trató de indagar nada, solo dijo: Pero estos «nudos» de aquí me gustan mucho; y tocó más allá queriendo ver con sus dedos esas delicadas yemitas que tanto lo excitaban

y que tanto quería tener frente a sus ojos junto con el resto de ese cuerpo amado y desconocido. Ella se dejó desatar nuevamente; y mientras Ella se dejaba hacer y todas sus yemas florecían, Él quitaba las mantas.

De pronto, Él saltó de la cama, encendió la luz y se volvió a mirarla.

Sobre el sillón amarillo estaba el sombrero blanco interrogante; y sobre la cama destendida, solo las sábanas azules eran un nudo imposible, oscuro y triste como una súplica: No enciendas la luz.

Amo del tiempo

por Manuel Terrones Pacheco

Es de mañana y acaba de descubrir que su reloj se ha detenido. Afuera, la luz invernal no logra darle ninguna señal del tiempo que habita. Las nubes han cubierto la ciudad como un manto y el día tendrá el mismo aspecto desde la mañana hasta la tarde. Recuerda la importante reunión con un prometededor comerciante a las nueve en el café de la plaza. Sin preocuparse por eso, decide sustraerle un instante de tiempo a sus obligaciones para dedicarlo a la introspección. Como en un carrito de película desfilan en su mente diferentes posibilidades ante la detención del reloj. ¿Qué tal si un extraño capricho del destino hubiera detenido todos los relojes del mundo? Desde su habitación no lo puede saber. Debería salir e investigar. Pero prefiere seguir pensando. La mañana cada vez más gris le concede un instante de delirio. Se deja arrastrar por las ideas, imaginando la confusión a la que llegaría la gente de ser él, por ejemplo, una especie de amo del tiempo. Alguien que debe guardar el secreto de las horas como en la prehistoria debió guardarse el secreto del fuego. Entonces un chispazo de ingenio se prende en su cabeza. Debe alcanzar un

estado superior, experimentar la sensación que un hombre sin reloj sospecha, pero no comprende. Tiene que alcanzar el presente perpetuo que brinda la ignorancia del tiempo, tan similar a la eternidad. Aparta su reloj y se viste. Sale a recorrer las calles recreando la felicidad de vivir en una dimensión atemporal, donde el viaje hasta la plaza y la importante cita con el comerciante tienen lugar en todos los tiempos y los espacios del universo. En todos ellos, la reunión cambia la vida, se ve libre de relojes y horarios, se aleja del presente que vive. Aborda el tranvía, toma un asiento junto a la ventana y siente el movimiento del vagón. Cuando tiene la vista fija en los altos edificios de la ciudad, un hombre de tupido bigote ocupa el asiento delantero. Lo mira de soslayo. El caballero se empeña en guardar en una lonchera metálica un tenedor y un cuchillo serrado, que de lejos le parece una hoz. Por el movimiento, descubre un reloj de pulsera rodeando la muñeca de su temporal acompañante. Una mujer, que ha visto también el mecanismo, solicita la hora. El caballero contesta que faltan veinte minutos para las diez. La mujer agradece. Ambos se ponen de pie y desaparecen junto a la multitud que desciende en la próxima parada. Antes de que el tranvía vuelva a ponerse en marcha, el hombre sabe que ha perdido la cita. Recuesta su tristeza en el asiento. Observa la ciudad. Alguien en la acera limpia los cristales rotos de la ventana de un edificio. ¿Qué más puede hacer? Es inútil ponerse de pie, avanzar sobre el piso del vagón detenido y ver, ya desde fuera, cómo el tranvía sigue su curso, indiferente. Y que, tras él, la plaza se descubre amplia, húmeda, tan vacía ante sus ojos.

Carrera de bicicletas

por Fernando Espíritu Álvarez

Dos bicicletas cruzaron a toda velocidad delante del bus. En medio de la oscuridad, Óscar sintió que no lo lograrían. Se le paralizó el corazón, al mismo tiempo que se imaginaba volando por los aires como en una película, pero no dijo nada. No quería que lo tomaran por un cobarde. Escuchó la potencia del claxon y vio cómo el chofer alcanzaba a frenar con lo justo.

—¿Te asustaste? —dijo Eduardo—. Tranquilo, man. Todo está calculado.

—Sí, cojudo. Cuando nos saquemos la mierda, ahí vas a decir: «todo está calculado».

Eduardo se echó a reír. Óscar viajaba montado en el timón de la bicicleta. Unos metros atrás, Juliano se acercaba llevando a Álex. Apenas se distinguía una sombra, y por instantes, las ráfagas de luz de los autos los iluminaban. Avanzaron muy rápido por la avenida Angamos. Del otro lado de la Vía Expresa, las calles estaban iluminadas. El apagón no había afectado a Miraflores. Solo era la racionalización de luz acostumbrada. Óscar vio el contraste entre ambos distritos.

Uno sumido en la oscuridad y el otro iluminado. Vivían entre apagones. La misma vaina de siempre, y encima, terrucos. Qué país de mierda. No cabía duda, era un adolescente viejo. Al menos, así se sentía.

Todavía avanzaron unas cuadras antes de detenerse. De inmediato, los alcanzó la segunda bicicleta.

—Están locos —dijo Juliano—, pensé que los matarían.

—Eduardo está loco —afirmó Álex—. ¿Tú crees que Óscar haría eso?

—Vamos hasta Javier Prado —propuso Eduardo.

—¿No te dije? Casi los matan y este huevón como si nada.

Eduardo era diestro con la bicicleta. En ocasiones abusaba, pero era un buen tipo. Había abandonado el colegio iniciando la secundaria y sus padres no pudieron hacer nada para convencerlo de acabar sus estudios. «No gaste su plata, papá. No quiero estudiar», dijo un día desde la puerta de la calle, listo para echar a correr, en caso de ser necesario. Su respiración se aceleró cuando lo vio levantarse despacio, apartando el plato de guiso sobre la mesa. Su padre era alto y ancho, parecía levantador de pesas. Y tenía manos enormes. Sus puñetazos dolían. Los había probado un par de veces, y en ambas, terminó con la boca manchada de sangre y la complicidad de mamá. Sucedió el mismo año que unos perros aparecieron colgados en varios postes del Centro de Lima. Fue una noticia escabrosa, pero nadie adoptó las medidas necesarias. La familia de Eduardo tenía un pequeño camión de mudanzas, con un remolque de madera pintado de azul y blanco. Eduardo se convirtió en ayudante. Al principio protestó, pero su padre lo dejó bien claro: «Trabajas o te vas de la casa. No voy a mantener a un vago». Así que caballero, nomás, pasó a cargar muebles, electrodomésticos y toda clase de artículos de hogar

y de oficina. Al poco tiempo, desarrolló hombros, brazos y pectorales. Álex lo llamaba «Roperero». Eduardo le decía «Elfo» por orejón. Las noches las tenía libres.

—Está lejos —se quejó Juliano.

—Si te cansas, yo manejo —Álex caminaba alrededor estirando las piernas.

Era agosto. Corría viento y una llovizna comenzó a sentirse. Ambas bicicletas reanudaron la marcha. Óscar permanecía sobre el timón, recibiendo el aliento de Eduardo en la espalda. Avanzaron hacia Las Begonias y la segunda bicicleta quedó retrasada. «Seguro el gordo se cansó», dijo Eduardo. Óscar distinguió las poncianas oscuras a un lado de la calle. Casi nunca hablaba. Su padre había abusado de su madre cuando eran jóvenes. Ella quiso denunciarlo, pero a inicios de los años setenta no existía la defensoría ni el Ministerio de la Mujer ni siquiera una estación de Policía de mujeres, así que todo quedó en intención. La historia se la contó su abuela. No recordaba cómo iniciaron la conversación. Solo se la escupió en la cara, como si la hubiera tenido atorada en la garganta durante años. La abuela había hecho su catarsis, sin importarle un carajo las consecuencias. «Los obligué a casarse para salvar el honor de tu madre». ¿Honor? Qué razonamiento tan cojudo. Óscar la observó en silencio. Qué podía decir. Se encerró en su cuarto y lloró hasta que se quedó dormido. Tenía trece años cuando sucedió. El silencio fue su defensa. Bajaron de un salto al llegar a Javier Prado. Unos metros atrás apareció la segunda bicicleta.

—Casi no hay nadie —dijo Juliano.

—Tranquilo, gordo. Así es los domingos.

Un par de mujeres conversaban recostadas en la pared. Una rubia de cabello pintado con grandes aretes de argollas.

Llevaba un *body* ceñido a su cuerpo delgado y una minifalda que dejaba ver sus largas piernas. La otra era menos llamativa. Tenía el cabello corto, una casaca roja y un *jean* que marcaba sus nalgas. «Qué buenas hembras», dijo Eduardo. Recordó su desilusión la primera vez. El hotelucho de la calle Torrico y la cama de hierro donde la puta ni siquiera se desnudó.

—¿En el mismo cuarto? —preguntó Álex aquella vez—. ¿Cuántos eran?

—Dos huevones más al costado.

—No jodas, hombre —dijo Óscar.

—Este es un animal —dijo Álex—. ¿Cómo vas a hacerlo con dos patas al lado, compadre? Puta, qué feo. Yo no podría.

—Porque eres marica, Elfo. Por eso no puedes.

Álex tampoco acabó la secundaria. Estudió en la Gran Unidad Escolar Ricardo Palma, que de Gran Unidad no tenía nada. Solo la fachada de ladrillos de color guinda con una insignia roja en el centro. En aquellos años, el colegio se parecía más a una correccional que a un centro de estudios. Ahí llegaban los repitentes, los expulsados por mala conducta y quienes carecían de dinero para buscar otras opciones. «Tuviste que avivarte sino te agarraban de lorna, Elfo», dijo Eduardo. «No sé cuántas veces tuve que mecharme», respondió Álex. Al inicio perdía, pero después dio un estirón y comenzó a pegarle a todo el mundo. «Toma, mierda». Les daba duro, como si quisiera expulsar toda la rabia acumulada durante años. Su padre era alto y de pocas pulgas. Al menor error, un palazo, sin derecho a defensa ni disculpa, y su madre. Su madre falleció el mismo año que dejó los estudios. Apenas le faltaba unos meses para terminar la secundaria. Enloqueció y mandó todo al diablo, incluso a su padre. «Mi viejo quiso ponerse sabroso». No pudo. No tuvo fuerzas. Sus

amigos jamás mencionaban el tema, pero sabían lo sucedido. Al menos, en parte. Como todos los años, la madre de Álex había viajado a Iquitos para visitar a unos familiares. A su regreso, se sintió mal. Mareos y náuseas. Toda la familia pensó en una enfermedad de la selva. Se equivocaron. «Mi vieja se fue en un mes exactito, como lo dijo el médico», comentó Álex. Fue todo lo que dijo. Lucía terrible. Eduardo pensó en un motor de coche fundido cuando lo vio. No era para menos.

Un auto blanco, con el limpiaparabrisas en movimiento, se detuvo frente a las mujeres. «Es un Nissan. Qué bacán», dijo Eduardo. La mujer de cabello corto se acercó. Conversó un momento con el hombre del vehículo y subió. Dos nuevas chicas llegaron desde la Vía Expresa. A Óscar le pareció que se reían como locas. «También están buenas», dijo Juliano. «Buenazas, chibolo. No como las de La Colmena. Si tienes suerte, encuentras una pasable», agregó Eduardo. «Y encima los tombos con las batidas», dijo Álex y recordó cómo se habían salvado en varias ocasiones. Ahora las tres mujeres compartían un cigarrillo. Se podía ver la lluvia a través de la luz que bajaba de los postes.

—¿No tendrán frío?

—Piensas en cojudeces, gordo —se burló Eduardo y montó en la bicicleta.

—Ahora, yo te llevo —dijo Álex subiendo en la otra bicicleta.

—¿Cómo? ¿Ya nos vamos? —protestó Juliano sorprendido—. Yo me agarro a la rubia.

—Estás loco, gordo —dijo Eduardo—, cobrará unos cien mil intis.

—¿Tanto?

—¿No sabías? —Álex lo miró de frente y Eduardo volvió a bajar de la bicicleta.

El rostro de Juliano se puso de mil colores. No respondió.

—¿Es tu debut, chibolo? —preguntó Eduardo.

—Chibolo tu viejo, mierda.

—Tranquilo, hombre. Si estás entre patas —dijo Óscar, pero no pudo contener la risa.

El reloj de un panel publicitario marcaba las ocho de la noche. Habían manejado rápido. Ambas bicicletas giraron por la Vía Expresa y continuaron avanzando juntas hacia el puente Córpac. Un auto los adelantó muy despacio y se detuvo frente al semáforo. Una melodía de Queen se escuchaba desde adentro. A Óscar le pareció reconocer a una de las mujeres. «¿Te diste cuenta? Ese tío se lleva a una». «¿A la rubia?», preguntó Eduardo. «No. Seguro cobra muy caro».

La lluvia comenzó a disminuir y se levantó una brisa fría. Entre las nubes surgieron retazos de luz blanca de la luna. Un bus Torino cruzó delante de ellos por el carril central hacia el puente. En su mente evocó al soldado enviado a resguardar a los buses durante los paros armados y la pregunta de siempre: «¿Qué podía hacer un soldado si los terrucos decidieran atacar un bus?». Parecía una muerte segura. Óscar miró hacia la derecha, vio a varias personas ingresando y saliendo del supermercado. Pasaron frente a unos edificios de oficinas y, al superar la avenida Arequipa, la oscuridad volvía a imponerse.

—No se ve nada —dijo Juliano.

—Te da miedo, chibolo —se burló Eduardo.

—Deben de estar más allá —lo animó Álex.

Juliano tenía razón. Apenas se distinguía El olivar como una sombra gigante. Los árboles formaban siluetas y ocultaban las bancas y la laguna sin una gota de agua. No se escuchaba

nada, aparte del pedaleo lento de las bicicletas. Óscar sintió que algo no andaba bien. A pesar del apagón, era común encontrar parejas entre los árboles o personas paseando sus perros y también a las putas. Lluve o truene, las putas eran infaltables, pero no había nadie. Ni siquiera circulaba un auto.

—Mejor nos vamos —Juliano estaba más asustado que excitado.

—¿Qué pasa, gordo? —preguntó Eduardo— ¿De verdad tienes miedo?

—No me gusta. No hay nadie.

—Hay que mirar más allá —dijo Álex.

—A mí tampoco me gusta —dijo Óscar.

—No jodas, Óscar. ¿Tú también? —Eduardo detuvo la bicicleta.

—No hay nadie, carajo, ¿o ves a alguien?

Eduardo pensó que no había motivo para tener miedo y, a la vez, respetaba la opinión de Óscar. Todos la respetaban. Era el único universitario en el barrio, estudiaba Comunicación en San Marcos y, aunque nadie sabía en qué demonios consistía, eso lo convertía ante los ojos del grupo en alguien que se debía escuchar. De pronto, comenzó la lluvia de nuevo y se dieron cuenta de que no estaban solos. Al inicio solo vieron oscuridad entre los árboles. Ni siquiera sombras. Solo era una sensación. Una sensación desagradable. Muy desagradable. Algo los envolvía, pero no podían descubrir qué. Óscar se dijo que solo tenían que regresar hacia la avenida Arequipa. Una, dos, tres cuadas, y otra vez, las luces iluminarían las calles.

No tuvieron tiempo.

De la nada, una explosión se escuchó desde todos lados. El eco los aturdió y, por un momento, quedaron paralizados.

«Terrucos», dijo Óscar. Temblaba. Miraron en todas direcciones y sintieron como si estuvieran en un remolino. Luego, comenzaron los disparos. «Cachacos», gritó Eduardo. Desesperados, alcanzaron a subir a las bicicletas y pedalear unos metros. De un lado, las casas desoladas los vieron pasar, y del otro, los árboles se alejaban y acercaban amenazantes. Entonces escucharon lo que más temían.

—Alto, mierda.

De inmediato, una segunda oleada de disparos retumbó en la oscuridad de la noche.

Las campanadas *por Rossana Sala*

—No se sorprenda si el tren llega vacío —me advirtió el alcalde.

Unos días atrás, en mi visita al Valle del Suc, lo había conocido. Sentado en la plaza mayor, Patricio Huertas, el alcalde del pueblo, se acercó a conversar conmigo.

Yo le dije que estaba de paseo. Que había leído historias interesantes del lugar y que por eso visitaba el valle.

Pero mi respuesta era mentira.

Él me invitó a que ese domingo lo acompañara a ver llegar al tren. Y por eso estaba allí, sentado en la banca de la antigua estación, esperando que el tren hiciera lo suyo.

Tantas cosas se habían dicho del Suc, pero la que más llamó mi atención fue aquella que hablaba de las campanadas. Y es que cada lunes —decían las noticias—, no se escuchaba a los pájaros cantar ni el cacareo de los gallos existía.

No.

Cada lunes, en el pueblo, era el tintineo de las campanas el que despertaba a la gente y, sin embargo, las campanas no se veían, pero su compás era alegre, rítmico, constante. Su canto parecía salir de la plaza central, de alguna parte, y

es por eso que hasta allí llegaba cada uno de los habitantes del valle.

«Están hipnotizados», leí en algún diario.

La vida les había cambiado.

—Sucedió de un día a otro —me explicó el alcalde Huertas, con los ojos redondos y brillantes, sacando una vieja pipa de su bolsillo y encendiéndola para continuar la charla.

«¿Qué tenía que ver él en todo eso?», me pregunté, mientras lo veía expulsar de la boca un humo azul con intenso aroma avinagrado.

—En un principio —continuó el alcalde—, el valle era sorprendente. Lleno de vida. Todos vivíamos felices. Los turistas nos visitaban más por la alegría de los habitantes que por la belleza del lugar. Era como si quisieran llegar para aprender a reír. Pero poco a poco, al parecer sin razón alguna, la chispa se fue apagando. Yo, como alcalde, me preocupé al notar eso.

—¿Y cuál sería la razón? —lo interrumpí.

—El pueblo se volvió triste, silencioso —continuó hablando luego de una breve pausa, pero como si yo no hubiera preguntado nada—. La gente ya no estaba feliz ni conversaba. No salía de sus casas. Los niños dejaron de corretear por las calles, de montar bicicleta, de jugar al yoyó o al trompo o cualquier otra cosa que solo ellos saben inventar. Los pájaros no cantaron más. No se oía el mugir de las vacas ni el rebuzno de los burros que pastaban en el campo. Nada —me dijo, dejando ver en sus ojos su añoranza—. Cada día moríamos un poco más.

El alcalde, saliendo por un instante de la historia, permaneció en absoluto silencio, observando los rieles del tren.

Parecía escuchar algo.

Las hojas secas y algún periódico viejo volaron con el viento, por lo que continuó con su relato sin que yo me atreviera a preguntar algo más.

—Los turistas —dijo— empezaron a visitar menos nuestro valle. El tren dejó de venir a diario. Hasta que un día sucedió lo que tanto había temido.

—¿Y qué pasó? —pregunté por impulso, sabiendo que no sería escuchado.

—Un domingo, el tren llegó vacío —me dijo—. Sin carga. Sin pasajeros. La verdad... no me sorprendió el verlo así —continuó—. Después de todo, ¿quién querría visitar un pueblo muerto? Pero fue al amanecer del día siguiente en que el tren llegó vacío, que desperté al oír eternas campanadas.

—¡Las campanadas! —exclamé al escuchar por fin las palabras que me habían llevado hasta ese lugar.

—¡Fueron increíbles! —me dijo dejando ver en su sonrisa las manchas, causadas por el tabaco, en sus dientes— Agudas y livianas, alegres, bailarinas. ¡Una armonía inesperada! Sin haberlo programado, poco a poco, la plaza de Suc se llenó de gente. Los niños, claro, fueron los primeros en aparecer. Casi arrastraban a sus padres y abuelos para que los lleven a ver qué es lo que pasaba. ¿De dónde venían esas campanadas que podían oírse hasta muy lejos, pero que nadie podía encontrar?

—¿Desde ese día volvieron a ser felices? —le pregunté al alcalde.

—Desde ese día, cada domingo en la mañana, vengo a esperar el tren —me dijo—. Y no. No es un tren fantasma, como dicen las noticias. Simplemente es el tren de las campanadas.

En ese momento, escuchamos el chirrido de los frenos de la locomotora. Una polvareda invadió la estación. El tren se acercó a nosotros. Parecía volar, atravesando nubes. El maquinista salió sonriente, con su barriga grande y redonda, como si su alegría la acumulara en ese pedazo de cuerpo. Se sacó la gorra azul y dorada y, repartiendo aun más sonrisas, le dio la mano al alcalde Huertas, luego estrechó la mía y dijo:

—Acá está el equipaje. Lo he disfrutado durante todo el trayecto como no se imaginan. Prepárense para lo que les espera esta semana.

—¿De dónde viene? —le pregunté—. ¿Qué es lo que trae?

Y el hombre desapareció al entrar a la oficina principal, no sin antes acariciar su gran barriga y reír a carcajadas, por supuesto.

—Listo —dijo el alcalde—. Lo tenemos.

—¿Eso es todo? —le reclamé desilusionado al notar que el tren no transportaba gente y que tampoco tenía vagones de carga.

—Mañana lo sabrá —me respondió airoso—. Duérmase tranquilo.

El hotel en el que me alojaba tenía una magnífica vista a la plaza. La plaza de las campanadas.

Había escogido una habitación en el segundo piso, estratégicamente ubicada. Estaba dispuesto a no dormir un solo instante para poder descubrir el secreto de lo que pasaba en el Valle del Suc.

No podía creer que cada domingo llegara un tren vacío, que el lunes la plaza se llenara de campanadas y que, a partir de eso, la gente estuviera simplemente radiante durante toda la semana.

¿Qué traía ese tren?

¿De dónde venía la felicidad del pueblo?

El maquinista debía tramar algo. Esa sonrisa. Esa barriga. Algo sabía ese hombre que quizás el alcalde ni se imaginaba.

Decidí quedarme de pie toda la noche. Meterme en la cama podía destrozarme mis planes.

Tenía que estar despierto.

La luz se fue.

El cielo empezó a oscurecer para llenarse de estrellas. Hasta allí recuerdo todo muy bien, cuando la luz del Sol me topó en la cara sacándome de la cama.

Corrí hacia el ventanal.

Miré la plaza.

Un suave viento la recorría levantando polvo.

Las hojas de los árboles brillaban plateadas y cobrizas.

Vi a mucha gente llegar. Casi bailaban saludándose, despidiéndose luego sonrientes para empezar sus días.

¿Y las campanadas?

No podía escuchar ninguna.

¿Dónde estaba ese ruido que decían que alegraba a la gente de tal manera que había hecho que cambie sus vidas?

Y más aun, las campanas tampoco podían verse.

Busqué al alcalde para preguntarle qué había pasado. ¿Por qué la gente cantaba y se movía dichosa en la plaza si no se escuchaban las campanadas?

—¿No las sentiste, acaso? —me preguntó levantando sus pesadas cejas de tal forma que parecían mezclarse con su pelo negro.

—No oí nada —le dije decidido a quedarme hasta esperar que llegara el domingo.

Tenía que hablar con el conductor.

Preguntarle qué es lo que traía. De dónde venía.

Necesitaba escuchar esas campanas.

El domingo temprano volví a la estación del tren.

Saludé de lejos al alcalde, quien, fiel a su trabajo, estaba sentado en la misma banca en la que una semana atrás yo lo había acompañado.

A los pocos minutos el viento sopló con fuerza, anunciando quizá que pronto llegaría el tren, como en efecto lo hizo.

Mis manos empezaron a transpirar. Mi frente también. El cielo azul no tenía ni una sola nube, lo que aumentaba aun más el calor del mediodía.

Estaba allí por algo y no me iría sin tener una respuesta.

Como si no me hubiera visto nunca, el maquinista, con esa barriga redonda y feliz, me saludó con una breve venia al pasar a mi lado mientras se dirigía a la oficina principal.

—¿Y las campanadas? —le pregunté apurado, esperando que no se me escape la respuesta— No las he escuchado —le reclamé.

El hombre se detuvo.

Se quitó la gorra azul y dorada.

Me miró a los ojos.

Parecía sentir compasión por mí.

Pero ¿por qué me miraba de esa manera?

¿Me tenía lástima, acaso?

¿Cómo había notado mi tristeza? ¿Había descubierto el motivo de mi visita al Valle del Suc?

—¿Y no las escuchas? —me preguntó— ¿Dónde buscaste?

Le respondí de inmediato. Le dije que las había buscado en la plaza, en cada rincón del pueblo, que tampoco en el tren las había escuchado. Que no estaban en ninguna parte.

Él me miró con una sonrisa breve, casi irónica.

—Ah —me dijo—, entonces solo buscaste por fuera.
Y se fue.

Y camino al hotel, al ver a los niños jugar en la calle, me puse a pensar en mi infancia, en los paseos al campo con mis padres, con mis hermanos, en aquella tarde en la que pescamos truchas (nunca antes había atrapado una). Eran tantos los recuerdos. Pero ¿dónde habían estado metidos? Mis amigos de la escuela, los partidos de fútbol, las clases en la universidad, mi primer beso, esa mirada... su cariño... mis hijos... y, sin darme cuenta, un extraño ritmo empezó a mezclarse con mis pasos. Sencillo, parejo, alegre.

Si tú me miras
por Ángel Málaga

El otro día subí al Metropolitano en la Estación Central. El bus iba lleno y me quedé parado junto al asiento de dos chicas que venían conversando. Sin querer las escuché.

—Así como te cuento —dijo una—. Todas las noches me vuelvo invisible.

—Mira tú, yo creí que era la única. A mí también me pasa lo mismo —le respondió su amiga.

No sé si estaban bajo el efecto de algo, pero continuaron contándose, con naturalidad, las cosas que hacían cuando se volvían invisibles.

La chica que iba a la ventana contó que la primera noche que se volvió invisible, lo primero que hizo fue meterse en el cuarto de Rubén, un joven de su cuadra que le gustaba mucho, pero que a ella ni siquiera la miraba. Se quedó toda la noche junto a él. Lo vio desnudarse y todo.

—Fue increíble.

La otra chica no se quedó atrás y le contó que ella hizo algo parecido, pero mejor.

Un día llegó a Lima un cantante de moda del cual estaba profundamente enamorada, y ella se fue al aeropuerto

llevando un gran oso de peluche y un letrero en el pecho que decía cástate conmigo.

El cantante cogió el oso, se lo pasó a un asistente, y a ella ni siquiera la miró. Esa noche, ella, se hizo invisible, fue a su hotel y se metió en su cuarto.

Vio a su oso, la mitad del cuerpo dentro de una inmensa bolsa de basura, junto a otros peluches, letreros, cartas, flores y hasta ropas interiores femeninas. Después pudo ver al cantante hacer el amor con tres fans diferentes esa noche.

—Fue horrible, no sabes, me rompió el corazón.

El bus seguía su periplo hacia el sur y, más allá, en la estación Ricardo Palma, me tuve que bajar.

Era una mañana de domingo como tantas otras. El cielo estaba nublado, la luz era suave. Caminé hacia mi casa, pensando mucho en eso de volverse invisible y en lo que haría si pudiera serlo.

Esa noche, en mi cuarto, como todas las noches, pensaba en Marilia, mi vecina, de quien estaba muy enamorado, pero a la cual no me atrevía a hablar y para quien yo era invisible, como el aire. Me inventaba mil formas de acercarme a ella y terminaba descartando todas por timidez. Pero esta vez fue diferente. Sentí, con inusitada intensidad, un deseo de estar cerca de ella. Pensaba en lo maravilloso que eso sería.

«Ya sé», me dije de pronto. En ese momento, me volví invisible. Lo noté cuando me puse frente a un espejo. Noté también que para dejar de serlo solo bastaba tocar el espejo.

Decidí, entonces, que lo primero que iba a hacer por la mañana era ir al cuarto de Marilia.

Esperé el amanecer como un cazador que espera una presa, procurando reprimir la ansiedad.

Cuando clareó, me fui a su casa. A unos pasos de su puerta, me quedé esperando que esta se abriese para poder entrar, pero sin saber aún, si llegado el momento, me atrevería a hacerlo. Intentaba controlarme, pero mi cuerpo no dejaba de temblar. Por ratos quería desistir, pero luego me decía que esa oportunidad no la podía dejar pasar por nada en el mundo, y que si lo hacía, nunca, hiciera lo que hiciese en esta vida, lograría borrar de mi currículum ese acto de cobardía.

Y en esas estaba cuando se abrió la puerta. Era la empleada que estaba sacando al perro.

Ahí tenía la puerta abierta y mi corazón a mil. Respiré hondo varias veces para tranquilizarme. Conté los latidos que resonaban en mis oídos como un tambor. Uno. Dos. Tres. Ahora o nunca, me dije. Y fue ahora porque me vi, de súbito, dentro de la casa de Marilia.

Caminé por la sala, por el comedor, subí las escaleras hacia los cuartos. Tenía la sensación de estar deslizándome por un tobogán. Esa misma falta de aire, ese vértigo.

Hasta que logré llegar al cuarto de Marilia. En la cama deshecha permanecía aún el tenue calor de su cuerpo.

Me senté en la silla frente al tocador y traté de calmarme. «Pero ¿qué diablos estás haciendo?», me dije. Traté de razonar que lo mejor era salir de allí lo más pronto, pero mi cabeza no consiguió disuadir a mi corazón.

Permanecí quieto un momento. «En esta silla se sienta todos los días.», pensé. Al pensarlo, se me aceleró el corazón. Una por una, fui cogiendo todas las cosas del tocador: los cosméticos, las cremas, las toallitas húmedas, las pinturas de uñas. Solo por el hecho de que eran pertenencias tuyas, esos objetos, que por lo general no tendrían nada de especial, parecían resplandecer mágicamente.

Como a las dos horas, llegó la empleada al cuarto. En la entrada trastabilló como si hubiera tropezado con algo y se detuvo en el umbral. Paseó la vista por todo el cuarto y olfateó como si notara algo raro. Y, de repente, como si hubiera tomado una determinación, se dirigió hacia mí con una escoba en la mano. Fue una acción tan rápida y violenta que, por un instante, creí que había dejado de ser invisible. Pero no venía hacia mí. Dejó la escoba apoyada en la pared y pasó de largo en dirección al baño. Era un baño que estaba dentro del cuarto, como los baños de hotel. Hizo la limpieza. Después regresó al cuarto. Con disgusto, tendió la cama, barrió, ordenó y se marchó.

Afuera, en un árbol del jardín, un pájaro cantó reclamando a su pareja.

Decidí esperar a Marilia allí, sentado en su silla, hasta que volviese. No quise echarme en su cama. Aún era muy pronto y la emoción que ello me provocaría sería demasiado intensa.

Al anoecer, llegó al cuarto. Colgó sus cosas. Se soltó el pelo igual que se libera un dique. Una cabellera rubia y rizada cayó en desorden sobre sus hombros.

Se quitó la ropa.

A duras penas yo podía respirar. Jamás había siquiera imaginado a Marilia desnuda. No me había hecho falta para desearla y masturbarme cada noche pensando en ella y en ese momento me preguntaba qué sería de mí después de haberla visto así.

Era de piel muy blanca; sus pechos, no demasiado grandes, eran hermosamente redondos.

Luego se metió en el baño y la escuché ducharse. Cada movimiento suyo dentro del baño espoleaba mi emoción, mi deseo.

Cuando volvió, la vi secarse y echarse crema frente al espejo por todo el cuerpo, con mucha calma y suavidad.

Después se colocó un camisón rosado. La seda, suave y ajustada, realzaba la protuberancia de sus pechos. Estaba descalza y el camisón se arrastraba por el suelo como si fuera un vestido de baile. Se sentó y se puso a revisar papeles, pero pronto se aburrió y se paró, bostezó largamente y estiró los brazos, se bajó las tiritas de los hombros del camisón y lo dejó deslizarse suavemente por todo su cuerpo hasta caer al piso y así, desnuda, se echó en la cama, sobre el edredón. Luego se puso de costado y apagó la luz de la mesita de noche.

Contemplé su cuerpo desnudo, de espaldas, iluminado por la luz que penetraba por la ventana. Su desnudez era prodigiosa. Parecía brillar en medio de la oscuridad del cuarto.

Tragué saliva.

Me acosté a su lado. Su cuerpo exhalaba olor a jabón y a crema.

—Eso está mal, no se hace, es peligroso —dijo de pronto.

Por un instante, mi corazón casi dejó de latir, pero no me hablaba a mí, eso era evidente: estaba pensando en voz alta. Suspiré aliviado.

Afuera oscurecía y el rumor de la ciudad se apaciguaba de a poco.

Así estuve como dos semanas: volviéndome invisible y visitando a Marilía. La rutina de ir a su cuarto se había instalado en mis días, y de alguna manera les daba forma y propósito. Siempre era lo mismo. La esperaba, la veía hacer su ritual del baño y de la crema, luego se acostaba y se quedaba dormida, y yo me echaba junto a ella. Mi respiración se acompañaba con la suya hasta convertirse en una sola. A veces me hacía la ilusión de que estábamos casados.

Cuando la sentía profundamente dormida, no podía reprimir la urgencia de acariciarla. Lo hacía despacio, muy despacio, centímetro a centímetro. Cuando la tocaba, notaba cómo su cuerpo se estremecía. Era un temblor casi imperceptible. Y, no podría asegurarlo, pero diría que, cuando yo la acariciaba, en sus labios se dibujaba una débil sonrisa.

Eran caricias muy breves, para que, si en caso ella se despertase, pensara en un insecto o algo así. Mis dedos se posaban en su piel, como mucho, dos segundos, pero a mí me parecían treinta minutos.

A veces creía que ella notaba mi presencia. Pero solo me bastaba acercarme al espejo y comprobar que era totalmente invisible.

Una tarde, mientras la esperaba en el cuarto, pensé que si se me acabara la facultad de volverme invisible, ya no podría volver allí. Pensar en eso me llenó de tristeza. Entonces se me ocurrió la idea de llevarme algo de Marilia conmigo. No sabía qué. Tendría que ser algo que ella no notara, que no echara en falta. Ya me había percatado de que todos sus calzones eran celestes, así que del canasto de mimbre del baño cogí uno. Lo olí, lo besé, lo apreté contra mi mejilla, lo acaricié. Incluso lo chupé antes de guardarlo en mi bolsillo.

Si no conseguía regresar a su cuarto, si Marilia nunca me dirigía una mirada, ya no me iba a importar porque sin que ella lo supiese yo tenía en mi poder una parte suya.

Pensé también que debía dejar algo mío allí. Como marca, como seña, como prueba de que estuve allí. Busqué en mis bolsillos, en mi billetera y no encontré nada aparente. No me quedó más remedio que dejar un preservativo. Uno sin usar, claro, en su envoltorio. Lo llevaba siempre conmigo

por exigencia de mi madre. Decidí colocarlo en un sitio difícil de encontrar. Lo introduje en el fondo del último cajón de su tocador.

Lo de meter a escondidas un condón en el fondo de su cajón me excitó muchísimo. Quizá demasiado porque experimenté una tremenda erección.

Cada día regresaba a mi casa en un estado de optimismo completamente nuevo para mí. Sin embargo, conforme pasaban las noches, estando ahí, en el cuarto de Marilia, empecé a sentir una tristeza extraña. Ya no estaba solo, es cierto, pero, al mismo tiempo, me sentía más solo que nunca. Me parecía estar experimentando la forma más pura de la soledad. La soledad en su estado más primitivo. Salvaje.

Entonces algo ocurrió. Una noche, mientras la acariciaba, me invadió con furia esa tristeza desolada. Los ojos se me humedecieron y, sobre su edredón, se me cayó una lágrima. En una zona muy honda de mí, algo bullía. Cerré los ojos con fuerza y tomé una determinación.

Al abrir los ojos, tuve la impresión de que el mundo había cambiado. Veía todo diferente.

* * *

Al día siguiente, no me hice invisible ni me fui al cuarto de Marilia. La esperé en la calle y la abordé.

—Hola —tartamudeé—. Te veo todos los días, pero tú no a mí.

—Claro, es que somos casi vecinos, ¿no? ¿O acaso me estás espionando?

Entonces, con un valor hasta entonces desconocido por mí, le hablé.

—No es eso. Te miro porque me gustas y quisiera conocerte más. Te invito al cine esta noche —me escuché decirle.

Se sorprendió, pero aceptó y por fin me miró. O, yo, por fin, me sentí mirado por ella.

A partir de ese día, nunca más pude hacerme invisible.

Después de unas cuantas salidas se convirtió en mi enamorada.

Yo aún guardo su calzón celeste porque alguna vez he llegado a plantearme si haber sido invisible no habría sido producto de mi imaginación. Algo creado por mi mente. Me he preguntado si no habrá sido un sueño muy vívido que se hubiera fijado en mi memoria tomando la apariencia de la realidad. Pero aquello sucedió de verdad. Porque dentro del cajón con llave de mi armario hay, en efecto, un calzón celeste. Esa es la prueba fehaciente de que fue un hecho real, de que ocurrió realmente.

A veces abro el cajón y me lo quedo mirando. «Sí, aquello sucedió de verdad», me digo.

En algunas ocasiones, extraño un poco ser invisible. Pero ahora, al volver la vista atrás, he comprendido que al amor hay que afrontarlo, y que cuando haces eso, él te mira, y ya no eres, ya no puedes ser invisible.

El encendedor *por Yasser Zola*

Ha comprado las entradas durante la mañana por medio de su celular. Como lo esperaba, quedaban pocos asientos disponibles pues la película prometía ser un éxito comercial. Antes de entrar en el vestíbulo del cine, se dirige a la terraza. Saca sus cigarrillos y el encendedor. Con un movimiento torpe, este resbala de sus dedos, pero logra atraparlo con la otra mano. Siente el encendedor en su palma. Lo aprieta por unos segundos y luego enciende su cigarrillo. El humo que inspira es agradable. No siempre es así. Mira hacia los niveles inferiores del centro comercial, cubiertos de luz, voces y pasos. Piensa que esta sede no es tan impresionante como la que quedaba frente al mar, pero sigue siendo una de las principales.

Hace mucho tiempo que no visita un cine. No recuerda que haya sido su pasatiempo preferido, pero desde hace cinco meses ha optado por evitarlo. Durante ese tiempo muchas cosas han cambiado. Ahora es una persona seria y eso implica no distraerse. Incluso dejó de escuchar a su madre. Ella tomó un camino diferente, volcándose por entera a su congregación.

De todas las citas que le escuchó solo una ha permanecido en su mente:

*Yo sé que mi Redentor vive,
Y al fin se levantará sobre el polvo;
Y después de deshecha esta mi piel,
En mi carne he de ver a Dios*

Otras personas también les regalaron citas bíblicas. Al principio reconoció las buenas intenciones, pero la realidad golpea fuerte y aquellas terminaron por irritarlo. Excepto esta. «Deshecha esta mi piel», repite en voz baja.

La película es un estreno de medianoche. El público asistente es, en su mayoría, gente joven, pues se trata de una película sobre hombres con poderes especiales. Él tuvo un poder antes: tenía un duplicado. El mismo material genético, la misma voz, digno de ciencia ficción. Hasta que se lo arrebataron. Ahora tiene otro poder. El tiempo se lo ha otorgado. Es una sensación plena y libre de culpa, como una vestimenta que lo cubre sin que nadie más lo note. Antes envidió otro poder: ser abogado. Solo así hubiera entendido de decretos y procesos judiciales, pero reconoce que hubiese sido inútil.

Mira la hora en su celular. Restan quince minutos para que empiece la película. Apaga cuidadosamente lo que resta del cigarrillo en el cenicero público. Le molesta llevar la mochila porque cree que le quita movilidad, pero sigue siendo conveniente. En el vestíbulo, se detiene un instante al pie de la escalera que lleva a los baños del piso inferior. Piensa que este espacio se convertiría en un laberinto de oscuridad espesa. Al bajar a través de los peldaños, imagina una atmósfera de tinieblas. Vendría luego el ataque inexorable de la nube

negra. Se aferra a la baranda metálica casi al terminar la escalera, intentando olvidar la náusea repentina. Cierra los ojos y por un segundo ve a su hermano. Abre los ojos y se apresura al baño. Al usar el urinario siente el olor del aromatizador, una fragancia dulzona que considera obscena. Al terminar se acerca cauteloso al lavatorio. Ignora el dispensador de jabón líquido. No quiere olores, solo quiere sentir el agua en sus manos. Su mirada rehúye del espejo. La caída irregular del agua sobre el lavamanos crea un sonido suave que lo calma. No es como en sus pesadillas, en las que el espacio soñado de pronto es invadido por agua. Antes era una ola feroz abalanzándose sobre una playa en la que se encontraba, pero en el último mes el escenario es distinto. El agua se filtra por ventanas, cerraduras y resquicios, hasta convertirse en un tropel enardecido que lo acorrala dentro de una sala de cine.

Elude el calor del secador automático y sale hacia el vestíbulo enjugándose las manos en el pantalón. De camino hacia el final de la fila su mirada se tropieza con un extintor adherido a la pared. Un corazón metálico inmóvil. Es solo un segundo, y ya su autocontrol desvía su mirada hacia el cartel de la película. Héroe y villanos en un mismo plano. A su hermano lo llamaron héroe por ayudar a otros, pero en las redes sociales extraños manifestaron una perspectiva desdeñosa, que él también compartió en secreto. Su hermano siempre trató de ayudar, desde ser la cabeza de la familia hasta obtener fondos para los más necesitados de su barrio. Esa actitud lo irritaba. Pero si su hermano era héroe, a él solo le quedaba ser villano.

Ya en la fila observa el uniforme de quien revisa la entrada: camisa manga larga, pantalón y chaleco. Una indumentaria más original que la que corresponde al área logística: polo

con cuello y pantalón. Un juego así se encuentra en su casa, como extraviado, sin nadie que lo use. Mira hacia el cielo raso. Es tan elevado que no cree que esa criatura pueda alcanzarlo y llegar a cubrir todo con su manto de locura. Vuelve de inmediato su mirada hacia el piso cerámico para detener el súbito mareo. Al calmarse, cree ver el piso cubierto de una lámina de agua. ¿Salpicará si pisa fuerte?

Rostros expectantes, ávidos por presenciar las escenas de confrontación, empiezan a ingresar con sus bandejas atiborradas de alimentos de fantasía. Un cauce de voces repite los nombres de los actores famosos involucrados en la producción. Esto le interesa poco. Ahora el entretenimiento no es un lugar de refugio. Es el último en entrar y cuando el asistente revisa su boleto electrónico explica:

—Mi hermano está en camino. Su nombre es Jair.

Decir el nombre en voz alta después de mucho tiempo. Le ha sonado extraño. El auxiliar asiente con la cabeza y lo deja entrar en la sala. En ningún momento temió que algún trabajador lo confundiera con su hermano. Había bajado mucho de peso y tenía la cabeza rapada. Siente la textura del suelo alfombrado como si caminara descalzo. Ubica los asientos y con cierta incomodidad logra avanzar entre las piernas de otros asistentes hacia el centro de la sala. Coloca la mochila en el asiento de Jair y, al sentarse, es consciente del abominable material del que está hecho el asiento. Mira hacia el cielo artificial gris. ¿Cuánta distancia habrá? Nunca le preguntó a su hermano nada sobre su trabajo. Sabía que tenía que ver con la recepción y almacenamiento de materiales. ¿Qué tipo de materiales? ¿Elegiste este trabajo para estar cerca de una sala de cine? ¿Te daba tiempo para mirar el mar? La luz se ha apagado y en la pantalla empiezan a proyectar comerciales.

Silencia su celular y mira a su costado: rostros bañados en luz azul y ojos hipnotizados. ¿Por qué nunca espío los gestos de Jair durante la función? ¿Se le escapó una lágrima alguna vez? ¿Cómo reaccionaría Jair si los villanos ganaran? Villanos de trajes deslumbrantes y semblantes siniestros, completamente distintos a los que él ha conocido: de aspecto menos interesante, pero con poderes letales de un alcance insospechado. Él mismo ha sido alcanzado. ¿Qué le hace el duelo al gemelo sobreviviente? Lo parte en dos. Es él mismo, pero también es el ausente. Por eso empezó a huir de su reflejo; por eso su mamá también se distanció.

En la pantalla pasan un video sobre las medidas de seguridad en caso de emergencia. Esperaba esa pantomima. Hace cinco meses no existía ese video. Todo el proceso fue doloroso desde el inicio. Enterarse por los medios pues no hubo ningún comunicado oficial de la compañía, el reconocimiento del cuerpo, la coordinación con la compañía por los gastos de sepelio y el reclamo fútil para acelerar la investigación. Fue su madre quien enfrentó todo sin titubeos. En cambio él solo pudo ir a la oficina administrativa de la compañía a reclamar las pertenencias: una mochila que contenía un recipiente plástico con comida echada a perder, un cepillo y pasta dental, y un jugo de frutas en caja. Pertenencias sin dueño. Objetos tan ordinarios como dolorosos. Sin embargo, decidió guardar en su cuarto la bebida que aún no vence.

La pantalla se ha oscurecido y aparecen nombres extranjeros. La película ha empezado. Todos a su alrededor están listos. Sus mentes enredadas en la ficción. Atraídos por la mentira. Él también está listo. La tragedia sucedió por la mañana, cuando solo trabajaban unos pocos empleados, entre ellos su hermano. Hasta el momento no había responsables

y la compañía solo había cerrado aquella sede. El poder es elástico, pero la responsabilidad no. «Deshecha esta mi piel», repite sin temor a que alguien lo escuche. Se vuelve hacia la mochila y saca el paquete. Ahora no puede apreciarlo, pero sabe que el empaque es de un color llamativo. «Deshecha esta mi piel». Lo coloca en su regazo mientras palpa su bolsillo en busca del encendedor. Ya en su mano lo mira a contraluz. Un cristal rojo. «Deshecha esta mi piel». Lo acerca a la mecha y con un movimiento rápido de su dedo la enciende. El chispazo es veloz. Le alumbró la cara y mucho antes de lo esperado el paquete se vuelve un ave inquieta con una cola luminosa. Antes de estrellarse en el falso techo se pregunta si después de esto se reirán de él o le temerán.

La bala
por Johan Sánchez

Diario Correo, jueves 17 de octubre, 2013.
Sección Provincias.
Ayacucho

**MUERE TRABAJADOR EN BASE
CONTRATERRORISTA UNIÓN MANTARO**

En extrañas circunstancias, un trabajador de la empresa encargada de construir la Base Contraterrorista de Unión Mantaro, falleció la tarde del sábado 12 de octubre. El cuerpo del occiso fue trasladado al hospital de campaña de Pichari, donde se confirmó que la causa de muerte fue por herida de bala. Fuentes del Ejército afirmaron que se trataría de un lío de faldas y desmintieron los rumores de un ataque terrorista.

* * *

Sus teléfonos no cesaban de timbrar. Los de su oficina en Camacho, los de su residencia en Los Cedros, los de sus casas de playa en Vichayito y Las Palmeras, sonaron incesantes toda la

madrugada del domingo. Su celular enviaba directo al correo de voz. No lo ubicaron hasta pasado el mediodía, cuando contactaron a su secretaria. Fue ella quien finalmente le dio la noticia. Tito, le dijo con la voz entrecortada, mataron a Beto.

* * *

Miércoles 16 de octubre, 2013.

Centro Poblado Unión Mantaro, Llochegua, Huanta, Ayacucho.

[Testimonio de un poblador. No se identificó por razones de seguridad]

Yo soy representante de la comunidad de aquí de Unión Mantaro. Nos hemos juntado porque queremos hacer una denuncia. Estamos cansados, ya no sabemos a quién acudir. Desde el 2010 que vivimos entre balas, esto ya parece Afganistán, es una zona de guerra. Todo el pueblo se ha ido, nos hemos quedado los más valientes nomás, ahorita seremos como unos diez los que estamos aquí. Mire esto (tiene en la mano casquillos de balas). Esto es munición M50, los que somos excomandos sabemos... esto es de hace cuatro días, a eso de las cuatro de la tarde habrá empezado el tiroteo. No sabemos si han sido los tíos o los soldados... Nosotros soportamos como sea, pero hay niños, madres gestantes y ancianos. Por favor, al Presidente de la República, le pedimos una solución. Los del Ejército nos marginan, nos acusan de ser cómplices. Ustedes saben, ustedes los conocen, son sus familiares, ustedes también son terroristas, así nos dicen, nos discriminan. Cada vez que hay hostigamiento salen los helicópteros y sueltan la munición sobre todo el pueblo y tenemos que escondernos,

meternos en zanjas. Mire cómo quedan nuestros techos (señala los agujeros en la cobertura de calamina), con todo esto tenemos que vivir... No, esta vez no han herido a nadie aquí en el pueblo. A un civil de la obra si lo han matado, ya lo llevaron a Pichari, así hemos sabido... Solo queremos que se lleven la base a otro lado, que lo manden más lejos, no queremos más balas.

* * *

—¿Qué carajos ha pasado, Lengua?! —gritó enfurecido al auricular el general Mario Montalván en su oficina en el Cuartel General del Ejército.

—Hay un civil muerto, mi general —replicó el comandante Juan Lengua, jefe de la Base Contraterrorista de Unión Mantaro—. Es un trabajador de Álvarez. Una bala perdida. Mala hora, mala suerte.

—¡No me venga con cojudeces, Lengua! ¡Usted carga con ese muerto! No quiero saber nada más —dijo y colgó de un golpe el teléfono.

—¡Tejada! —ordenó a su subalterno— Que pase Álvarez.

Impaciente, frenético, al borde de perder la compostura, Renato Álvarez, dueño y gerente general de la constructora Conalva SAC, llevaba esperando casi tres horas a que el general Montalván lo atendiese.

—Tito, antes que nada, mi más sentido pésame —le dijo para bajar la tensión.

—Me han matado a un trabajador, general, y soy el último en enterarse —señaló enrabiado. Los ojos rojos, el rostro como un tomate, ojeroso, Álvarez tenía el aspecto de no haber dormido en toda la noche.

—Hay que calmarnos, Álvarez, no nos exaltemos — le aconsejó Montalván ignorándolo—. No tengo mucho tiempo, en media hora debo reunirme con el ministro. ¿Se te ofrece algo más?

—¿Eso es todo? —se indignó Álvarez— ¿Así nomás?

—No preguntes lo que no quieres saber, Tito. Cuando llegue el informe de Ayacucho sabremos lo que realmente pasó. Hasta eso, aquí no ha pasado nada —enfaticó y lo invitó a retirarse.

* * *

Lunes 14 de octubre de 2013, 9.14 a.m.

[Correo electrónico de Liliana Pineda, jefa de Logística de Conalva SAC]

de: acaballero@conalvasac.com

para: lpineda@conalvasac.com

asunto: Acta de Entrega BCT Unión Mantaro

Estimada Lili,

Acabo de llegar a Huamanga, el viaje ha estado pesado. Estoy incomunicado desde el sábado que salí de Unión Mantaro. La Base ya está lista para la entrega, solo se han quedado cuatro muchachos para labores finales de limpieza. Pensaba regresar junto con ellos, pero tú sabes cómo son los militares, a veces en la revisión hay algo que no les gusta y tenemos que subsanar inmediatamente. Ojalá no pase nada estos días. Recibí una información, no te puedo contar por aquí. Mañana llego a Lima temprano y conversamos.

Te estoy adjuntando el acta final de entrega. Dales mis saludos a los muchachos en la oficina.

Alberto Caballero

Ingeniero Residente-Conalva SAC

* * *

Un silencio sepulcral reinaba en la oficina de Conalva SAC. Renato Álvarez, acongojado, con la incertidumbre de no saber qué era lo que había sucedido, intentaba meditar recostado en el piso, debajo de su escritorio. Era una especie de ritual que realizaba para concentrarse. Su empresa, desde 2008, había construido más de veinte bases militares en la zona del Vraem y nunca antes había lidiado con algo de esa magnitud. Cuando le dijeron que habían matado a Beto, se derrumbaron todas sus defensas. Alberto Caballero trabajaba con él desde mucho antes de su aventura en la selva frondosa de Junín, Cusco y Ayacucho. Fue él quien lo convenció de que podían obtener buenos ingresos yendo a la zona que todos temían. Fueron los únicos que se presentaron a la licitación. Así, Alberto Caballero, Beto, se convirtió en el jefe de operaciones de la constructora en la zona del Vraem. Más que un incondicional colaborador y mano derecha, era su amigo. ¿Qué haría ahora sin Beto? Pensaba en llamar a su esposa y... ¿Cómo se le comunica a una mujer que su esposo ha muerto? No, no podía ser Beto, él sabía moverse en la zona; era cuidadoso. Quizá se han equivocado, pensaba; se imaginaba situaciones. Teorizaba Álvarez cuando lo llamaron por el teléfono interno.

—¿Sí? —respondió.

—Es Beto, ingeniero —le dijo Liliana—. Acabo de recibir un correo suyo.

* * *

Martes 15 de octubre de 2013.

Oficina de Conalva SAC, Camacho, La Molina.

[Para tener un registro voy a grabar tu declaración, dijo el abogado. Tú tranquilo, tómate tu tiempo. Cuéntanos todo desde el principio, no omitas nada. Empieza con tu nombre, tu cargo y qué hacías el día de los hechos.]

Me llamo Palermo Quispe Casas; soy electricista y soldador. Yo estaba en la Base ese día cuando le dispararon a Betito... (Se toma una pausa, luego continúa.) El inge Alberto salió temprano ese día diciendo que teníamos que quedarnos. Tranquilos nomás, no pasa nada, estén adentro de la base nomás, así diciendo se fue... Ese día hemos hecho limpieza toda la mañana y hemos hecho otras cosas pequeñas. Beto estaba recogiendo la basura y la ponía en una carretilla. Félix y Julio estaban guardando las herramientas en unas cajas porque ya la chamba se había terminado y nos volvíamos a Lima. Así hemos estado hasta la hora del rancho. Ya no bajamos a almorzar al pueblo, nomás comimos los bizcochos con la gaseosa que el inge nos había dejado cuando se fue... (Bebe un poco de agua, se seca el sudor de las manos en sus pantalones.) No, ese día no salió el Sol, quería llover más bien, pero todo estaba tranquilo... Sí, sabemos que trabajamos en zona roja y hay balaceras a cada rato, pero caballero nomás, vamos donde la chamba nos lleve... (El abogado le dice que hable sobre el incidente.) Habrán sido las dos de la tarde y yo me

fui al módulo de seguridad donde están las cámaras. Quería probar que funcionaban bien. Ahí me quedé largo rato. No sé cuándo ha salido Beto, los otros chacales tampoco lo vieron, dicen... Y ahí nomás se escuchó el balazo y yo al toque me tiré al piso. Eso nos dicen que hagamos cuando hay balacera... Los soldados de la base antigua que está más abajo también empezaron a disparar, pra, pra, pra... como diez minutos habrán disparado. Después comencé a llamar a los muchachos para saber si estaban bien, pero solo respondieron Félix y Julio que estaban descansando en uno de los módulos... Y Beto nada, no contestaba. Ahí me preocupé, doctor, y comencé a gritar más fuerte: ¡Beto! ¡Beto! Le llamaba. ¡Beto! ¡¿Estás bien?! Y ya no contestó... (Se le entrecorta la voz, se queda un rato en silencio, mira al piso. Luego levanta la cabeza y continúa.) Recién cuando dejaron de tirar bala me levanté del piso y comencé a buscar en la pantalla y en la cámara que está en el portón vi algo. Había algo tirado en el piso entre el cerco de costales y el cerco de mallas. Le hice zoom a la cámara para ver mejor y ahí lo vi... Beto estaba tirado en el piso... (Calla por un momento, pasa saliva, se seca el sudor de la frente con la mano.) Había un montón de sangre por su cabeza. Ya no quise seguir mirando. Fue una sola bala inge... una maldita bala... Pobre Betito, lo mataron a Betito esos desgraciados.

* * *

A Alberto Caballero le avisaron de la muerte de su tocayo cuando estaba por abordar el bus de regreso a Lima. Él no era de los que dejaban atrás a su gente, así que regresó. Alquiló una camioneta que lo llevaría por una trocha hasta Pichari y después hasta Puerto Cocos. Allí lo esperaba el bote de Fidel,

para llevarlo por el río Apurímac hasta el poblado más peligroso del Vraem: Unión Mantaro. Aquella ruta, que pocos se atrevían a realizar, era la misma que hizo cuatro meses antes el grupo de obreros de Conalva SAC. Desde Lima llegaron los de mayor experiencia, los ayudantes y de menor rango se contrataban en la zona. Alberto Caballero, melancólico, recordaba la vez que conoció a Beto en Huamanga. Hay un muchachito que quiere sumarse al grupo, le había dicho Felipe, el veterano maestro de obra. Beto se presentó respetuosamente. Unos amigos me dijeron que estaban recibiendo ayudantes. Flaco, despeinado, con granos en el rostro, era casi un niño. Alberto Caballero se preguntaba si el muchacho siquiera sabía algo de construcción. No, señor, nunca he trabajado en construcción, pero aprendo rápido. El chico hablaba firme, sin titubeos. Usted dígame lo que tengo que hacer y lo hago. Le brillaban los ojos, casi suplicantes, ilusionados. Alberto Caballero buscaba una excusa para hacerlo desistir. Sé que el trabajo es en la selva, no me hago problemas. Salimos mañana temprano, a las seis, le dijo finalmente Felipe. Gracias, señor, no lo voy a defraudar. Nada de señor, le dijo Alberto Caballero, dime solo Beto o ingeniero, como gustes. Yo también me llamo Beto, ingeniero. Entonces nos vamos a entender muy bien, tocayo. Ambos se dieron un apretón de manos y sellaron su destino.

El bote de Fidel cruzó el Apurímac en silencio. Alberto Caballero meditabundo esperaba encontrar una salida a sus preocupaciones. Betito, como todos le decían de cariño, solo no lo defraudó sino que se convirtió en su protegido. La tristeza lo embargaba al observar el panorama desde el río. Por el Google Earth todo se veía bonito, frondoso, un manto verduzco con ríos serpenteantes. Desde allí, ese verdor se

teñía de rojo, con la sangre de uno y otro bando; de blanco cocainero, de un terrorífico multicolor, con los cuerpos mutilados de soldados anónimos, con la barbarie que allí seguía reinando y que injustamente había alcanzado a Beto. Fue en esas frondosidades que hacía unos meses un comando especial había abatido a dos cabecillas principales de la facción terrorista que operaba en Huanta y La Convención. Era desde allí que despegaban las avionetas cargadas con droga y se dirigían a la selva boliviana. De esos montes boscosos, que los narcoterroristas conocían a la perfección, fue que la bala inició su recorrido para acabar con la ilusión de un Beto y provocar la desdicha del otro.

* * *

Viernes 18 de octubre, 2013.

Huamanga, Ayacucho.

[Testimonio de David Huamaní, padre de Beto]

Nada, ninguno de los periódicos aquí en Huamanga han sacado nada. Mi otro hijo que está en Lima trajo esto... (Muestra un recorte de un diario.) Estito nomás, un chiquitito espacio. ¿Y qué dice? Que lo han matado por lío de faldas. Son unos desgraciados. Mienten... y nosotros aquí llorando a nuestro hijo. (Se seca las lágrimas.) Mi esposa es la que sufre más, hasta se ha puesto mal. ¿Qué podemos hacer?, dígame pues... nosotros somos personas humildes, tenemos que cargar con nuestro dolor nomás. (Se queda en silencio, se disculpa por un momento. Regresa con algunos libros y continúa.)

Mi último hijo era, veintiún años nomás tenía. Quería ir a Lima a estudiar. Mire, aquí tengo unas fotos de él (un

Beto sonriente posa con sus hermanos). Bien aplicado era en el colegio (Beto se muestra orgulloso con su diploma). Le gustaba bastante el fútbol también, jugaba en la liga escolar (un Beto mozalbate posa con sus compañeros de equipo, se distingue del resto por su cabello revoloteado). Le gustaba leer (muestra sus libros, uno de Vallejo y otro de Vargas Llosa). Ni vicios tenía este mi hijo, ningún problema nos ha dado. Nos han quitado nuestra alegría (se le entrecorta la voz y calla por un momento. Respira hondo y luego habla fuerte).

Yo sé que tarde o temprano van a reconocer la injusticia que nos han hecho. Él se fue a trabajar a la selva porque quería juntar dinero para sus estudios. Los militares dicen que lo han matado por venganza, por una chica, así diciendo han venido acá. Puras cojudeces están diciendo. Han manchado la memoria de mi hijo. ¿Qué les importa a esas mierdas la vida de la gente humilde? ¡Carajo! Yo ya lloré a mi hijo y ahora estoy lleno de ira por lo que dicen. Lío de faldas, dicen. Era terrorista, dicen, no sé qué más mierda le han tirado. A amenazarnos, a eso nomás han venido esos uniformados de mierda. Hasta la empresa se ha prestado para todo esto. Cinco mil soles, eso vale una bala en la cabeza de mi hijo. Aquí, justo aquí (se señala la frente). No quiero seguir hablando ya o me voy a morir de rabia.

* * *

—Sabes, Lili, después de todo este tiempo aún no me puedo sacar esa imagen de la cabeza.

—¿Por qué no vuelves a la oficina? Tienes que pasar la página. ¿Cuánto hace qué pasó?

—Ya va a ser un año.
—Vuelve al trabajo, eso te va a ayudar.
—He estado investigando algunas cosas. ¿Recuerdas que te dije que había recibido una información?
—¿Qué información?
—Me llegó un mensaje de texto al celular, un día antes de la muerte de Beto.
—¿Y qué vas a hacer? ¿Justicia? No te creas el héroe, Beto. Piensa en tu familia.
—Lo traicioné, Lili.
—No. Hiciste lo que se te ordenó, no tenías alternativa.
—Sí tenía. Podía haber ido con la prensa y contar todo lo que sé.
—...
—¿Sabes? Él me dijo que no me iba a defraudar y no lo hizo. Por el contrario, yo terminé defraudándolo.
—Vuelve a la oficina. Todo va a estar bien.
—No, no puedo volver ahora. Todavía no.
—No vayas a cometer una locura, Beto.
—Regrese a Lima antes de que sea tarde...
—¿Qué?
—Eso decía en el mensaje. Por eso regresé a Huamanga.
—¿Y por qué no regresaste con los chicos?
—No creí que ellos corrieran peligro si se quedaban. Los tíos habían amenazado varias veces que reventarían la base cuando estuviera lista, pero nunca se habían metido con los trabajadores. He pensado mucho en ese mensaje y en quién pudo haberlo enviado. O querían que regresara para emboscarme en el camino o me estaban alejando para no estar en Mantaro ese sábado.
—Y dado que estás aquí, no eras tú el objetivo.

—Puede ser.

—¿Entonces?

—No sé. Hay algo que me hace pensar que Fidel puede ser el que me haya avisado.

—¿Fidel? ¿El del bote?

—Cuando regresaba a Lima, después de dejar todo en orden... ¡Maldita sea! ¡Nunca debí firmar ese informe!

—Tenías que hacerlo, era la única manera de salir de allí.

—No, Lili, siempre hay otra opción, pero tomamos la más fácil.

—A todos nos afectó la muerte de Beto. La empresa casi se va a la quiebra, al ingeniero Álvarez le dio un preinfarto por tanta preocupación, tuvimos que bajarnos los sueldos, otros perdieron sus trabajos, pero hemos resistido. Fue una bala, sí, de donde sea que haya salido, pero fue un accidente. Tienes que aceptarlo, Beto, solo fue un accidente.

—Fidel ha desaparecido.

—¿Qué? ¿Acaso no me has escuchado? Olvídate de todo, Beto, déjalo ir.

—Regresé a Llochegua, tenía que hablar con Fidel. Él sabía lo que había sucedido. Pero no, ya no lo encontré.

—¿Regresaste a Ayacucho? Estás fuera de tus cabales.

—No entiendes, Lili, tengo que llegar al final de todo esto.

—Lo siento, Beto, no puedo seguir escuchándote.

—¡No entiendes! ¡El que tenía que morir era yo, no Betito!

—...

* * *

Pichari, 21 de octubre de 2013

Oficio N° 037-2013 BCTP/MDP

Asunto: Investigación sobre muerte de civil en la BCT Unión Mantaro.

General de Brigada Mario Montalván, jefe del Comando Especial-Vraem

Habiendo terminado las pesquisas en torno a la muerte del civil, trabajador de la empresa Conalva SAC, en las instalaciones de la Base Contrterrorista de Unión Mantaro, informo lo siguiente:

1. El día sábado 12 de octubre, a las 14:35 horas, se escuchó un disparo proveniente de la zona montañosa.

2. El proyectil hirió de muerte al civil identificado como Alberto Huamaní Guerra, de 21 años de edad, natural de Huamanga, Ayacucho.

3. El resultado de la autopsia revela conmoción cerebral causada por impacto de bala, con orificio de entrada por la zona parietal y salida por el occipital.

4. No se encontraron restos del proyectil, por lo que no se pudo determinar con exactitud el arma usada.

5. El día 13 de octubre en horas de la mañana se realizó un patrullaje de reconocimiento por las zonas aledañas a la Base. No encontrándose casquillos ni otras evidencias que ayuden a esclarecer el caso.

6. El Técnico de primera Juan Gutiérrez Pando, testigo presencial de los hechos, afirma haber visto al civil fallecido entrar y salir libremente de la Base, cuando al personal se le había prohibido hacer ese tipo de movimientos.

7. Se interrogó también a la ciudadana Susan Bautista Borda, de 25 años de edad, pareja sentimental del fallecido. Niega todo tipo de relación con el mencionado.

De lo enumerado se concluye que:

La muerte del civil Alberto Huamaní Guerra fue accidental, producto de un disparo de arma de fuego de dudosa procedencia.

Atentamente,

Comandante EP Juan Lengua Mendoza

Jefe de la BCT Unión Mantaro.

PD: En conformidad con la investigación, firma el ingeniero Alberto Caballero, en representación de la empresa Conalva SAC.

* * *

Lima 23 de octubre, 2013

[Comunicación telefónica con Susan Bautista]

Yo no sé de dónde sacan esa información. Betito y yo éramos amigos, nada más. Era un lindo chico, bien atento. Con mi hijita se encariñó bastante, siempre bajaba a verla. Seguro por eso piensan que yo era su enamorada, no sé... Mucha pena me da lo que le ha pasado.

Sí, aquí en Mantaro nos hemos conocido. Mi mamá les daba la pensión a los trabajadores de la empresa. El más jovencito de todos era él.

Hablábamos mucho, los domingos bajaba al pueblo y ahí mismo me buscaba. Me contaba sus cosas, lo que hacía en el trabajo... era sano, no tomaba nada, pero una vez sus amigos lo emborracharon. Ese día vino y me dijo que quería casarse conmigo, me quería mucho, y me iba a cuidar y a mi hijita también, así decía el pobre. Al otro día lo vi y no

me habló, creo que tenía vergüenza. Pobrecito, es injusto, no debió morir así.

No, nunca me han preguntado nada esos milicos. De la empresa no queda nadie por aquí, ya todos se fueron para Lima, de miedo seguro. Con el inge Beto hablé, me contó que encontraron un cuaderno en su cuarto y debajo de su colchón todo el dinero que había juntado trabajando aquí. Ha tenido mala suerte, pobrecito. Que en paz descance nomás, Betito.

* * *

¿La verdad? Hoy por hoy los tíos tienen mejores armas, con todo el billete que sacan del narcotráfico, imagínese. Le voy a contar algunas cosas que sé. No es que quiera presumir, pero tengo fuentes en ambos bandos. No soy soplón, por si acaso, lo que le voy a decir es lo que todos saben por aquí. ¿La Policía? Jaja... los tíos se cagan en los policías. Policía que llega al Vraem y quiere salir vivo tiene que ser sordo, ciego y mudo. Más le vale ser sumiso y tranquilo recibe su parte y regresa a Lima forrado. La Policía aquí trabaja para los tíos. ¿Terroristas? Ni se le ocurra llamarlos así. Aquí la gente les dice compañeros. Aquí hasta las piedras hablan, tiene que tener cuidado y no confiar en nadie, menos en las mujeres. Ya sabe lo que le pasó a ese muchacho de la constructora, ¿no? ¡Ajá! Eso fue una advertencia. ¿Cuál? Claro, fue un francotirador. Esa bala vino desde muy adentro del monte. Esa, esa, la M50, esa es una maldita. Es un arma letal (habla de la McMillan TAC-50 calibre .50 BMG con un alcance de mil doscientos a dos mil metros). Entonces los milicos no quieren que se sepa lo que pasa aquí. Tienen todas las de perder. Dicen que ahora

están más equipados, sus bases tienen de todo, son de última generación. ¿Las ha visto? Seis millones dicen que cuesta cada una, un dineral. Pero de qué sirve si siguen mandando a los más débiles, puro chiquillo que no sabe ni agarrar el Galil (habla del fusil de asalto de fabricación israelí que usa el Ejército), como carne de cañón nomás los mandan. No están a la altura, por eso que los tíos se garbancean y los paran hostigando. ¿Qué? No pues, lo de Alipio y Gabriel fue otra cosa y no fueron los del Ejército. Fue un comando especial donde la mayoría eran marines, esos sí no creen en nadie. A ellos si les tienen miedo. Ellos vienen a matar, si ven a un niño con un fusil en la mano, lo matan. Así es. No, es mejor si no pone mi nombre. Si quiere le puedo conseguir una entrevista con los tíos. De verdad... Así están las cosas por acá, compañero. Ándese con cuidado nomás. Ya nos vemos por ahí.

* * *

Viernes 11 de octubre, 2013
[Diario de Alberto Huamaní Guerra]

La chamba por aquí ya se está terminando. No se hace mucho por estos días. Hoy solo hemos hecho limpieza y mañana seguro será lo mismo. Ya todos se ha ido, solo nos hemos quedado Félix, Palermo, Julio y yo. El inge también se va mañana. Buena gente él, me ha dicho que cuando vaya a Lima me va a dar chamba allá. Todo está saliendo bien. He juntado algo de platita para irme a estudiar en Senati. Además le voy a decir a Susanita que venga conmigo. Voy a trabajar y estudiar, y la puedo mantener a ella y a su hijita. Ya estoy decidido a hablarle mañana. Corajudo nomás. Hasta le escribí un poema.

*Tus ojos, tus lindos y chinitos ojos.
Tus labios, tus dulces y carnosos labios.
Tu naricita, respingada y chiquita.
Tu rostro, tu suave y delicado rostro.
Tu cuerpo, tu menudito y curvilíneo cuerpo.
Todo de ti, mi amada Susanita,
Todo de ti, anhelo para mí.*

Se lo voy a leer, ojalá le guste. Ella es un poco tosca, pero es sincera. Creo que también siente algo por mí. De repente ella no quiera irse de aquí, por todo lo que me ha contado. Tiene toda una historia detrás. No pierdo nada intentando. Si me dice que sí, seré feliz. Vamos a ver qué pasa. Aquí lo dejo por hoy.

Uno menos
por Eugenio Oliveira

—¡Uno menos!

El grito recorrió todos los rincones de la casa. Fue tan firme y efusivo que diez segundos después los padres de Sergio llegaron a su habitación.

—¿Te pasa algo? —preguntó el padre con preocupación.
No hubo respuesta.

Sergio estaba absorto, mirando fijamente a través de la ventana de su cuarto.

El padre insistió con la pregunta.

—Hijo, ¿todo bien?

Después de algunos segundos el joven salió del ensimismamiento.

—Sí, todo bien, papá.

Volvió a fijar la mirada en la ventana.

Los padres estaban preocupados por su comportamiento, pero no querían decirle nada. Era la primera muestra de entusiasmo desde que había entrado en un estado de depresión grave, hacía diez meses. Ambos se miraban pensando si este inusitado entusiasmo podría significar el inicio de su recuperación.

Se acercaron a la ventana tratando de ver qué era lo que a su hijo lo inquietaba tanto. Fue en vano. No se veía nada fuera de lo normal.

—¿Te provoca salir a caminar? —preguntó la madre.

—No, mamá. Estoy bien acá.

—¡Vamos, hijito! Tienes diez meses sin salir de tu habitación.

—Estoy bien acá, mamá. No te preocupes.

—¿Viste algo que te gustó? —preguntó nuevamente, tratando de conseguir algo más de información.

—Tal vez.

La madre sonrió. Se acababa de encender una pequeña luz de esperanza.

Durante los siguientes seis días no hubo novedades. Al séptimo día, sin embargo, la historia se repitió.

—¡Uno menos!

El grito volvía a aparecer. Esta vez fue solo la madre quien apareció en la habitación.

—¿Todo bien, hijo?

Sergio no respondió. Miraba a través de la ventana de su cuarto.

Su madre le tomó ambas manos, con fuerza. Él reaccionó.

—Hijo, ¿hay algo que quieras decirme?

—Mamá, creo que he descubierto algo.

—¿Qué has descubierto?

—No sé si deba decírtelo. No quiero involucrarte.

—¿Involucrarme? ¡Me asustas, Sergio! ¿Qué has visto?

El joven volvió a mirar por la ventana buscando el valor suficiente para contarle todo.

—Mamá, ¿ves ese local al frente?

—¿Te refieres al centro cultural?

—Exacto.

—¿Cuál es el problema?

—Es un pequeño local de la municipalidad. Alquilan su sala de conferencias para diferentes charlas o cursos de especialización.

—Sergio, hace diez meses que no sales de tu habitación. ¿Cómo sabes todo eso?

—Internet, mamá. Pero eso no es lo importante. ¿Quieres escucharme?

La madre se sorprendió por la firme actitud de Sergio. Le dio gusto escucharlo hablar con esa repentina pasión.

—Está bien. Continúa.

—Lo único que he hecho desde hace tres semanas es ver y analizar en detalle a todas las personas que entran y salen de esa sala de conferencias.

—¿Hablas en serio?

—Sí. Y no creas que es tan complicado. La sala solo se alquila en las noches.

—¿Y bien?

—Bueno, todos los miércoles hay una charla que se realiza de siete a ocho de la noche. La última charla del día.

Sergio abrió el cajón de su escritorio y tomó una pequeña libreta.

—En esta libreta he anotado el detalle de todas las personas que ingresaron y salieron de la sala de conferencias. Lo he hecho todos los días durante las últimas tres semanas.

—Pero ¿por qué has hecho eso?

—Por un simple presentimiento. Hace unas cuatro semanas vi algunos hechos sospechosos. Dos tipos discutiendo en la calle. Pelearon, se separaron y finalmente uno huyó corriendo y el otro ingresó en el centro cultural. No fue nada

importante, pero a partir de ese hecho me he dedicado a observar la entrada del local durante todas las noches.

Sergio abrió la libreta. Le mostró a su madre toda la información. Se detuvo en la última página. Ella analizó todo lo escrito y quedó impactada por el nivel de detalle de la información.

Pudo leer las dos primeras líneas de la última página.

«6.54 p.m. Mujer. Pelo Castaño. Polo negro. *Jean* azul».

«6.58 p.m. Hombre. Pelo negro. Camisa blanca. Pantalón negro».

Los datos eran todos muy precisos y ordenados.

—Esta información tan detallada solo la tengo para la última semana. En las primeras dos simplemente anoté el número total de personas que entraron y salieron.

—¿Y qué descubriste? Me está matando la curiosidad —dijo la madre que ya estaba contagiada del entusiasmo de su hijo.

—Paciencia, mamá. Lo que he descubierto es que en la charla que se realiza los miércoles a las siete de la noche siempre ingresa una cantidad de personas y sale uno menos.

—¿Uno menos?

—Correcto.

—Sergio, creo que estás confundido. ¿No será el conferencista que se queda más tiempo en el local?

—No, mamá. Tengo bien identificado al expositor. Siempre sale al último. Aproximadamente cinco minutos después del resto. Sale en su auto por una puerta lateral que da a la cochera del centro cultural.

—¿Y sale en el auto solo?

—Siempre solo.

—¿Estás seguro?

—Mamá, estoy tan seguro de lo que te digo que hoy hice un reporte más exacto para saber cuál era la persona que entró y no salió.

—¿Y?

—Fue una mujer.

Sergio le mostró su libreta.

—«7.02 p.m. Mujer, pelo castaño, blusa negra, falda negra».

—¿No te habrás equivocado, hijo? Si iba vestida toda de negro tal vez no la viste salir. Recuerda que era de noche. Además, considera que sale todo el grupo junto y...

—¡No, mamá! —la interrumpió Sergio con gran seguridad en sus palabras— Esa mujer nunca salió del local. No por la puerta principal.

—Lo que sugieres es muy serio, hijo.

—Lo sé. Y hay algo más.

—¿Qué cosa?

—He revisado en internet acerca de esta charla de los miércoles a las siete de la noche.

—¿Qué encontraste?

Sergio le mostró la pantalla de su computadora.

—Mira cuál es el tema. Léelo tú misma.

La madre leyó en voz alta:

—Psicología Forense. Causas de la Conducta Criminal.

Sergio la miraba a los ojos, esperando su reacción. Ella también lo miró y pudo comprobar que cualquier síntoma de depresión en la actitud de su hijo había desaparecido, al menos por el momento. Se preguntaba si Sergio había encontrado el caso que lo ayudaría a superar su enfermedad.

La madre fue la primera en hablar.

—Te propongo algo.

—¿Qué cosa, mamá?

—El próximo miércoles vendré a tu habitación minutos antes de las siete para hacer el conteo juntos. Saldremos de dudas.

—Me parece perfecto.

—Ahora quiero descansar. Suficientes emociones por un día.

En los siguientes días, la depresión se transformó en ansiedad. Era un hombre nuevo. Esperaba que llegara el miércoles lleno de ese repentino entusiasmo que ahora caracterizaba su vida.

El martes en la mañana Sergio se encontraba frente a su escritorio. Miraba detenidamente su libreta, el lapicero y los binoculares recién comprados por internet.

«Esto no es suficiente», pensó. «He dedicado tres semanas en comprobar mi teoría. ¿Qué ganaré si lo confirmo una vez más? ¡Perdería una semana!»

Instintivamente, se abalanzó sobre su computadora. Ingresó a la página del centro cultural.

—«Psicología Forense. Causas de la Conducta Criminal. Registrarse».

Había llegado la hora de ver lo que sucedía desde adentro. La hora de abandonar su habitación.

El miércoles, minutos antes de las siete, la madre de Sergio llegó a buscarlo. Era la primera vez en los últimos diez meses que no pudo encontrarlo.

Sergio se encontraba dentro de la pequeña sala de conferencias, sentado en uno de los asientos de la última fila.

Había ingresado en la sala junto con el expositor, a quien pudo reconocer rápidamente. Era el mismo de los últimos tres miércoles.

Mientras llegaban los demás, Sergio se dedicaba a anotar en su libreta la relación de personas que iban ingresando en la sala. Se sintió extraño haciendo el mismo trabajo de las últimas tres semanas, pero esta vez dentro de la sala. La situación lo motivaba mucho, pero lo inquietaba aun más.

La charla comenzó.

Sergio revisaba su lista. Le sorprendió un detalle. Solo había una mujer. Eso facilitaría las cosas.

Diez minutos después, mientras Sergio repasaba su lista, se abrió la puerta de la sala. Era una joven de unos veinticinco años. No había muchos asientos disponibles. Tuvo que caminar hacia la parte de atrás de la sala. Se sentó junto a Sergio y habló en voz baja.

—¿Me perdí de algo bueno?

—No —mintió Sergio, que no tenía idea de lo que el expositor estaba hablando. Solo pensaba en la forma en que cuidaría a las dos mujeres en la sala.

—Soy Vanessa —insistió la joven—. ¿Puedo ver tus apuntes?

—No he anotado nada aún —volvió a mentir Sergio, mientras cerraba su libreta.

La exposición transcurrió sin problemas. El expositor habló durante casi una hora. Hubo preguntas de los asistentes y, al final, aplausos para el expositor.

Terminada la charla, los asistentes empezaron a retirarse. Sergio no quitaba la mirada de la puerta y marcaba en su libreta a todas las personas que iban abandonando la sala. Se dio cuenta de que no tenía sentido lo que hacía.

«¡Ya estoy acá!», pensó. «Lo que necesito es estar atento».

Su nerviosismo aumentaba. Pudo confirmar que una de las mujeres abandonaba la sala sin problemas.

Dos minutos después, solo quedaban en la sala cinco personas, entre ellas Vanessa y el expositor. Sergio no quería moverse de su asiento. No dejaría sola a Vanessa con un posible asesino.

—Señores, vayan saliendo, por favor. Necesito cerrar la sala —dijo el expositor, invitando a todos a retirarse.

«Vamos, Vanessa, sal rápido», pensó Sergio, aún en su asiento.

Vanessa no se movía.

—¡Vamos, señores! Hemos terminado —insistió el expositor.

Todos se levantaron de sus asientos y se dirigieron hacia la puerta. Sergio avanzaba a paso lento. No quería abandonar la sala antes de que Vanessa. Caminaba unos metros detrás de ella.

Vanessa aceleró el paso, se despidió del expositor y salió. Sergio respiró.

«Salvada», pensó. Se sintió aliviado.

Al ver que Vanessa abandonaba el local, decidió salir.

De pronto se dio cuenta de su situación. Hasta el momento no se había percatado de que él también corría peligro. Aceleró el paso para abandonar la sala.

Fue tarde.

Estando a pocos metros de la puerta, el expositor logró alcanzarlo. Sergio sintió una mano en su hombro derecho. Palió y quedó inmóvil sin saber qué hacer.

«Es mi fin».

Tomó un fuerte impulso y volteó violentamente.

—No te asustes —dijo el expositor—. Espero verte el próximo miércoles.

Sergio estaba confundido. Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

«¿Habrá sido todo producto de mi imaginación?».

En pocos segundos la ansiedad desapareció y regresaron las dudas, los miedos, los diez meses en su habitación. Lo que lo había mantenido vivo durante las últimas tres semanas se desvanecía ante él. Era testigo privilegiado de un nuevo inicio de su fin.

Vio la imagen de sus padres e imaginó las caras de decepción y eterna preocupación. No podía permitirlo.

Dio media vuelta y se abalanzó sobre el expositor. Lo empujó violentamente hacia la pared, como si hubiese estado acumulando toda esa fuerza durante los diez meses de aislamiento.

El expositor no tuvo tiempo de reaccionar y cayó al suelo. Al tratar de levantarse, Sergio lo golpeó nuevamente, con un salvajismo aun mayor. Repitió los mismos golpes varias veces.

Finalmente, estrelló la cabeza del expositor contra la pared solo para estar seguro de que no se levantaría nunca más.

Recogió su libreta y caminó lentamente hacia la puerta de la sala. Pensaba en lo difícil que serían sus miércoles a partir de entonces. El reto era mayor.

Al salir, miró hacia su casa. Pudo ver a su madre mirándolo por la ventana.

Ambos abrieron sus libretas e hicieron una última anotación.

Sergio cerró la puerta de la sala.

Se miraron nuevamente, pensando lo mismo.

«Uno menos».

Sentado bajo tus algarrobos
por Óscar Calle Elescano

«Todo lo que dije lo arrojaba por inservible. Mi amor en harapos volaba como un paquete absurdo y nauseabundo»

ALEJANDRA PIZARNIK

¡Testarudo! ¡Las golondrinas jamás volverán! Se fueron buscando la primavera, aquella que tus vetustas ramas jamás le pudieron dar. Fíjate que son como mis brazos decrepitos sin fuerza alguna para retener con un abrazo el verano. Todavía mis manos sueñan con sus cabellos, sus rulos eran como tus ramas revueltas que servían de nidos a las aves, y ahí mismo yo depositaba mis suspiros como lo hacían las palomas con sus huevos, pero de las tuyas salieron pichones, de las mías, su indiferencia. Recuerdas aquella noche que nos tomamos un trago, vacié la mitad del pisco en tus raíces, pero tú jamás te embriagabas, dime cómo entenderte ahora, si no hay verdades de por medio entre los dos, ni el pisco que roció esa noche sirvió para saber aquello que te confesó. Al día siguiente, desesperado, me aferré a tu tronco y rasqué, rasqué su nombre hasta destrozarme las uñas, por más que lo intentaba no logré

borrarlo, la púa de mi trompo, cuando niño, había grabado tan profundo su nombre en tu corteza que los tajos que dibujaban su nombre interrumpían el camino de mis lágrimas. Tarde descubrí que solo con el viento conversabas, que tus hojas eran palabras secas que yo iba juntando cada tarde y que a fin de mes quemaba junto con sus cartas. Ella siempre me escribía lo mismo, sus frases tan cortas, tan bellas, tan hirientes, yo me las tragaba como la saliva amarga de un viejo cobarde. Yo siempre olía sus carta antes de leerla, su maldad rociaba un poco de Chanel para atormentarme, ese perfume suyo, tan mío. «Tú eres el que se hace daño, yo seguiré con mi vida como siempre». Y era verdad, dime tú, si sus palabras no penetraban como tus raíces el corazón profundo de la tierra, en la piel de mi corazón.

La mañana en que la conocí yo cumplía nueve años y salía rumbo a la escuela, como siempre tomé el mismo camino de la vereda angosta, ahí, en medio de la vereda una niña auscultaba un pichón de paloma, sus pequeños y largos dedos estrangulaban mi dolor sin plumas. «Abre tus manos», me dijo, asustado mostré las palmas y abandonando el cadáver se fue saltando dejándome empeñado su remordimiento para siempre. Sin consultarme me eligió su amigo. Una mañana papá colgó un columpio en tu rama más fuerte, ahí, yo y mis preguntas jugábamos al vaivén, la certidumbre se escondía con el sol tras el edificio de la escuela. Fue unas horas después que al pasar se percató de mi felicidad que decidió estacionar sus rulos frente a mí, y ya no era el vaivén con mis preguntas, el juego se cambió a uno de un solo sentido, el que señalaba su índice al que sus cabellos y el viento contradecía. No supe si era juego o realidad hasta que decidí arrancar el columpio y suicidarlo con ella en el árbol más lejano. Tarde me arrepentí,

ya cuando su sonrisa era el vaivén arrancado de mi soledad. Sentado a su costado, extenuado de ofrecerle toda mi felicidad, le dije: Ya te columpiaste mucho, tengo que regresarlo a mi árbol. Ni me miró ni me escuchó, su nariz arrogante penetraba hirientemente al Sol, y este se desvanecía en perfectas sombras amarillas sobre su mejilla, sus pestañas pertenecían a otra dimensión, sus rulos desaparecían con el Sol, ese día aprendí a amar su sombra, una suerte de bella ausencia, era un perfecto *komorebi*. Las bondades de la naturaleza su malicia me las mostró.

Un febrero después de seis años la descubrí mujer, sus pezones bajo el polo mojado fueron mi tormento durante todo ese mes. Jamás quise volver a jugar con globos de agua, odiaba oír a mis amigos decir que le apuntarían a los senos, y más aun odiaba que su valentía ofreciera envolver sus senos con sus rulos para que esos cerdos lascivos jueguen tiro al blanco. Al finalizar los carnavales ella organizó una fiesta en su casa, como era de esperarse fui uno de los invitados. Aquella noche vestía mi mejor traje, llevaba una camisa celeste con el cuello muy almidonado desabotonado hasta el pecho. Todavía reinaba entre nosotros la frescura de un día agotador entre baldazos de agua fría evaporados por el Sol. Ella aún llevaba húmedos los labios cuando me besó en la mejilla. Esa noche danzamos en un ambiente de ventanas abiertas, le miré los labios y sentía cómo la pasión de mis ojos evaporaba la humedad de su boca, y ese beso de su boca reseca fue el puñal que me llevé esa noche a casa con su fragancia de Chanel. El puñal de su beso reseco lo clavé en tu corteza, era tanta la felicidad que regresé por más.

Acabó el verano y la secundaria, ella ingresó a la universidad y yo a una fábrica a trabajar. Todas las noches aparecía

con sus libros, sentados bajo tus algarrobos me hablaba de biología y yo de la última prenda que tenía que remallar. Bajo tu sombra cuantas veces quise declararle mi amor, este amor que era un torrente que fue creciendo y volviéndose fuerte desde la infancia hasta llegar a forjar esta dependencia irrenunciable de llegar a poseerla. Hasta que una noche, sentado bajo tus algarrobos, llorando de impotencia por la miseria de mi vida, ella apareció. Se sentó a mi lado, me miró con ternura. Sonrió como siempre lo hacía en mis sueños. De pronto sus rulos cobraron vida por el soplo insolente de la brisa nocturna, aquella brisa fría y maligna me había rozado los labios, sentí una fuerza descomunal que solo el amor provoca, la tomé de los hombros y la besé, la besé tanto, tanto, que ya no pudo su vida resistir mi amor, mis manos renunciaron por primera vez a su cuerpo frío e inerte que yacía como siempre cuando en mi soledad la soñaba. La miré y era hermosa, era hermosa. Testarudo, testarudo, ¡testarudo! Me repetías, y me repetía siempre, esta noche bajo tus algarrobos yace el amor verdadero, aquel que es para siempre que por ser obstinado jamás a él se ha de renunciar.

Gigantes
por Pablo Ignacio Chacón

—¿Para quién es?

—Para mí. Me llamo Pablo.

—Pablo. Muy bien.

El escritor toma su lapicero y abre el libro que le acabo de entregar. Dudo. ¿Me conformo con su firma? ¿O le digo todo lo que he ensayado —mentalmente— durante las tres horas que me pasé haciendo fila?

—Tè... ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Sí, claro.

—¿Cómo te sentirías si Faulkner o Flaubert te firgaran uno de sus libros?

—¿Si quién? —me pregunta, adelantando la cabeza, con una mueca hostil, como si se hubiera molestado conmigo por no pronunciar correctamente los apellidos de sus ídolos.

—Si Fla... Flaubert o Faulkner...

—Ah —se ríe—. Emocionado. Muy emocionado.

—Así me siento ahora.

Aunque ya me había mirado, solo en ese momento descubre que estoy ahí. Como si hasta entonces yo hubiera sido de

aire y me hubiera materializado, enorme y sin previo aviso, en frente de la mesa.

—Gracias —dice, bajando la cabeza.

—No, gracias a ti —retruco, confianzudo. He hecho que se ría y que me haga una venia. ¿Qué más puedo pedir? Siento que mi estatura se ha duplicado y que, en este local, no hay nadie que sea más grande que yo. Ni siquiera él.

—Eres un buen lector —agrega, provocando que mi cabeza roce el techo de la sala—. Son autores importantes.

Pienso que debería avergonzarme porque no he leído nada de Flaubert o de Faulkner. Tendría que decírselo... Pero prefiero dar una mirada a mi alrededor para saber quién me está envidiando. Personas de todas las edades, tamaños y vestuarios abarrotan la librería y esperan su turno, parlotando con nerviosismo, resistiéndose a ser entumecidas por el aire acondicionado o por la insulsa música de fondo. Pero me da la impresión de que todos ellos, incluso los más altos, se alejan un poco de mí, como si, alarmados por mis nuevas dimensiones, tuvieran miedo de que yo los aplaste contra las paredes. Ávido de nuevas atenciones, vuelvo a mirar al escritor y lo descubro tan serio como al principio, colocando su lapicero en posición y empezando su dedicatoria con cara de trámite, acaso pensando en lo que cenará más tarde o en el calor que hace afuera. En consecuencia, empiezo a volver a mi tamaño normal. ¿Y ahora?, me pregunto. ¿Cómo recupero su atención? Mi repertorio de frases hechas se ha agotado y su larga elaboración me ha dejado sin ideas. «Di algo, Pablo, lo que sea», me arengo, mientras mi estatura se iguala a la que tenía cuando entré en el establecimiento. Entonces, desesperado, vomito lo que realmente quiero decirle.

—Estoy tra... tratando de ser escritor.

Ya está. Ahora, a esperar su reacción. Me imagino que levantará la ceja izquierda. «¿Qué escribes?», preguntará. «Ficciones», contestaré. «Mándame un par», ordenará, y entonces yo, obediente y previsor, abriré la mochila que llevo conmigo y sacaré de ella los dos cuentos que me pasé corrigiendo toda la noche y que imprimí esta mañana en el papel más blanco que pude comprar. Y se los entregaré y mirará los títulos y hará una mueca de asombro y dirá «Qué ganas de leerlos» y me prometerá que esta misma noche, en el sofá en donde lee a Faulkner y a Flaubert, me leerá a mí. Ya imagino su llamada al día siguiente, su invitación a almorzar, la recomendación que me hará a su editor y hasta las caras que, dentro de unos meses, pondrán mis conocidos —ustedes, los que se burlan—, cuando tengan que hacer tres horas de fila, allá afuera, para que yo les firme un par de ejemplares de mi futuro libro de cuentos, uno que para entonces estará siendo recomendado en todos los medios de prensa por el mismísimo escritor que hoy tengo ante mí, cuya ceja izquierda está a punto de levantarse.

Pero no se levanta... De hecho, se ha fruncido más. ¿Será para tomar impulso? ¿Qué raro! ¿Por qué no reacciona? ¿Tanta concentración exige escribir una dedicatoria? ¿O es que no me ha escuchado? Quizás es culpa de la bulla que hay en esta sala, que ahoga mi voz. O de mi propia voz, que se ha encogido tanto como el resto de mi cuerpo, que se sigue proyectando hacia el suelo. O quizá... Claro. Debe de ser eso. Se queda callado para no decirme que todos los que le piden un autógrafo también lo tutean y se creen escritores. Estará harto.

Cierra el libro y me lo entrega, mostrando una sonrisa que no se parece a la de hace un rato, que no dice «Mándame tus cuentos, Pablito» sino, más bien, «¿Sigues aquí?».

—Gracias —le digo, pequeñísimo.

Me demoro en marcharme porque aún me queda algo de fe. Quiero ver si recupera la memoria y me dice lo que estaba a punto de decirme o, por lo menos, alguna cosa que me devuelva la esperanza: un consejo, una palabra... Pero él, olvidadizo, se limita a ladear la cabeza para mirar la larga fila que se extiende a mis espaldas, en donde seguramente se esconden otros cien genios incomprendidos y ávidos de justicia que esperan que la firma de un Premio Nobel los reivindique.

Un agente de seguridad me indica la salida. Lo obedezco, tratando de no acercarme demasiado a las personas que se amontonan en el pasillo (no vaya a ser que me vean reptando sobre el piso laminado y me pisen como a una cucaracha). Escucho, ya lejos, la risa del escritor. No volteo. No quiero saber por qué ríe (ni de quién). No quiero ver la mueca con la que agradece los elogios de sus otros admiradores. No quiero oír cómo los anima a que le envíen sus manuscritos ni cómo se ofrece a revisarlos, esta misma noche, en el sofá de los ídolos. Intento concentrarme en mi retirada, sin tropezar, tratando de ser otra vez de aire, unidimensional... pero un ruidito nuevo me perturba. Es uno que se parece al de unos papeles que, muertos de vergüenza, se arrugan por su propia voluntad en el interior de una mochila. Mejor. Así no tendré que hacerlo yo.

Al final del pasillo me detengo frente a la monstruosa puerta de salida. Ya sé lo que me espera allá afuera. Si la brisa no me arranca de la Tierra, quedaré confinado para siempre en el reino de los ácaros y las pelusas.

Pero cuando cruzo el umbral, cuando el aire acondicionado se esfuma y la humedad apestosa de Lima infesta mis pulmones, recuerdo que llevo un libro en la mano. Lo abro.

Busco la primera página. Encuentro la tinta de su lapicero. La letra de él. Mi nombre escrito por él. Un puñado de palabras trilladas. Una firma apurada. Y luego, entre signos de exclamación, inesperado, veo un verbo imperativo que latiguea y que conforta y que atraviesa toda la hoja como si no cupiera en ella. Y lo leo en voz alta. Y me vuelvo gigantesco.

Puma vive
por Carmen Luz Gorriti

—La señora Puma está aquí, por favor, alcánzale esta frazadita, jefe.

—Debe de estar pasando frío... —la voz suena suplicante esta vez.

Los guardias de la puerta cierran paso a las mujeres. No las veo, pero casi puedo escuchar sus polleras rozarse en el muro externo de la comisaría.

—No molestes y ándate a parar el almuerzo que te gana la hora.

—Ahora pues, tu marido te va a chancar bien rico. ¿Qué vas cocinar, mamita?

Los guardias de la puerta hacen bromas, pero la tensión está en el aire. Es día de huelga. Los mineros andan levantiscos y el Ejército ha sido enviado para devolverlos al trabajo. Camiones de soldados patrullan por la única calle plana que atraviesa el pueblo y vigilan de cerca la línea del tren. Desde los cerros ocupados por cuadradas de viviendas muchos ojos los miran, pero ellos no salen porque todo hombre que camina

es reclutado para depositarlo en los piques de entrada a la mina. «¡Trabaja, cholo!».

Desde mi lugar veo la extensa lama de relaves. Cayó nieve anoche, y esa pampa que fue laguna semeja una galería de fantasmas en negro y blanco. A pesar de los grados bajo cero, daría todo por estar ahí afuera.

Estoy sola en la oficina del comisario; los policías entran y salen sin mirarme. Hay momentos en que parece que nada me impidiera ir hasta la vereda, alcanzar la carretera y trepar sobre cualquier camión que me lleve a Lima. En cuatro horas podría cargar a mi criatura. Ya llegó tu mami, papito, ya, ya...

Los cerros están por todos lados hasta donde llega mi vista, por delante el Apu Toromocho, que parece un guardián protector, grande y eterno. Pero está cargado de mineral. Pronto será convertido en hueco por el tajo abierto y lo volarán con dinamita estos mismos mineros que ahora le hacen ofrendas. «¡Desaparecerás!». Apu Toromocho, tampoco pudiste hacer algo cuando los socavones carcomieron el lecho de tu lago moreno.

Siento frío, mi casaca no es la adecuada para esta temperatura. Nunca pensé...

—Mira, ñañita —me dijo el comisario, que es casi de mi edad—, si no tienes antecedentes, sales hoy mismo, pero primero vas a hablar con el coronel.

—Sí, sí, ¿a qué hora viene?

Estoy cansada de esta oficina, pero no quiero mirar hacia adentro. Tierra y petróleo apelmazan el piso enmaderado. Temprano echaron una capa más de gasolina para que el polvo que traen en las botas no se esparza en el ambiente, pero hay muchos más olores que se confunden en este lugar. Por la puerta entreabierta veo una pared verde, bancas de madera pelada y al

fondo probablemente la puerta que da acceso a los calabozos. A las cinco de la mañana trajeron al último grupo. Trataban de corear unos lemas, pero dos oportunos golpes hicieron callar al más gritón y los demás hicieron silencio de inmediato.

La ventana es muy pequeña, está cubierta de escarcha y afuera el paisaje parece envuelto en una nube. Despojados de vegetación, el campamento minero semeja un paisaje de otro planeta, lugar de soledades, de antiguas historias, de tragedia y misterio.

El comisario evitó enviarme al calabozo común donde han pasado la noche los huelguistas y en cambio me permitió ocupar este asiento en su oficina. Más tarde revisó los bolsillos de mi *jean*, se percató de la cicatriz en mi barriga y preguntó: «¿Qué es esto?». «Cesárea, oficial, tengo una guagua chiquita». Luego ordenó que me dieran una frazada. La manta parecía paja sucia, no quise imaginar la clase de cuerpos que cubre. Pero no me quejo, la estufa funcionó. Ahora, en solo este par de horas desde que amaneció, ya he sido interrogada por un detective y de nuevo por el comisario.

Hace un momento llegó —pleno de curiosidad— nada menos que el jefe militar de la plaza, un coronel.

—Dice tu documento que eres asistente social. ¿Vives en Huancayo? Pero no explicas lo que hacías en el vagón del tren con esos terroristas.

—Yo no...

Suena la radio de la comisaría. Ha transmitido toda la noche y a estas horas ya sé que la huelga ha sido quebrada en casi todas las minas, pero no en las principales, no en esta.

—Muchos de ustedes, los comunistas, son amigos de esta gente. Si conoces a Poma, me gustaría que nos ayudes, todo en paz, nada te va a pasar.

—... Yo soy asistenta social...

—Tu apellido me suena conocido. ¿Familia arequipeña?

—De Camaná, señor.

—Qué gusto, qué gusto, tengo parientes por ahí, y ahora dime qué hacías en el vagón de los mineros.

—Yo no estaba... ya le he dicho al investigador, y al teniente y al guardia y al soldado que me detuvo.

—Mira, mira, tu naricita está muy linda y eres una mujer agradable a la que voy a invitar un trago cuando esto termine

—esperé el efecto antes de continuar—, pero ahora tienes que ayudarnos. Pórtate bonito, ¿ah?

—El vagón ya había descargado, la gente en la pampa trataba de abordar algún carro. Se produjo congestión, mi ómnibus estaba detenido en la carretera, y vi mujeres y niños hambrientos, con ropa muy delgada... Me bajé para averiguar si podía ayudar en algo, pero el chofer partió si mí. Eso es todo.

Su mirada estaba cargada de sospecha.

«No la vi en el tren», dijo el detective. Toda la noche recorrió esos quince vagones que traían desde Lima a los mineros que se fueron para allá en marcha de sacrificio. Cerca de cada campamento algún vagón vaciaba su carga humana y, mientras tanto, los detectives escudriñaban con cuidado, buscando infiltrados y agitadores. Poco mérito darse cuenta de que no estuve ahí. Mi estatura, el color de piel, la ropa que uso, la manera de hablar y moverme, delatan a cada instante que soy una foránea en la sierra de Lima. En ciudad, a solo tres horas de aquí, soy una más, pero en este lugar resulto demasiado fácil de distinguir.

—Déjeme ir, jefe. Tengo una criatura que me espera en casa.

—¿Un hijo? En tu documento dice que eres soltera.

—Sí, jefe.

Se fue el comandante de plaza, dándome una última mirada apreciativa. Tragué saliva. Si yo hubiera estado libre no se habría atrevido, pero estoy detenida, tengo que estar calmada y aparentar confianza.

—Por favor, por favorcito, le traemos su desayuno a la señora Puma.

—Que lo traiga el señor Poma, mamita. ¿Sabes dónde está? Buena platita están dando por un chisme y nadie se va a enterar quién fue. Pasa adentro, gordita, habla con el comisario.

Yo estoy muy al fondo de la oficina, tiemblo a pesar del radiador, impaciente por alcanzar el momento esperado de mi libertad. ¿Y si simplemente salgo caminando? ¿Me dejarían avanzar el largo sendero de piedra y lodo hasta el paradero de la compuerta?

La radio de la comisaría suena todo el tiempo, hace mucho ruido por la estática y cada tanto llega alguna información. Celebran el triunfo sobre los quince sindicatos. Ya están trabajando en Railway, dicen, el setenta por ciento ya entró en Mahr Tunel, presumen, las tropas, los refuerzos policiales podrán regresar pronto a casa, ellos también tienen frío. Pero ¿La Oroya, Morococha, Cerro de Pasco, los grandes? De ellos no hablan. ¿A qué hora me pondrán en libertad?

De repente escucho algo diferente. Está afuera, en la calle. Alguien trae una radio prendida, una emisora de La Oroya y es un fragmento de arenga, el buscado Poma... ¿está libre y dice que la huelga continúa!

El sonido se apagó y ahora escucho una voz de mujer. Ese acento de campesina de Junín que ellas no pierden aunque

vivan diez años lejos de su tierra. «No me quites, papay, yo solo he prendido radio. No sé nada». «Si quieres recuperar, ven mañana con tu factura», le dice riéndose el guardia que pronto entra en la oficina con el aparato decomisado.

—¿Quieres oír noticias? —me pregunta con astucia.

—Quiero irme, oficial —le replico de inmediato.

Poma está libre, yo estoy detenida.

Nuevamente hay bulla de mujeres en la puerta. Piden ver «a la señora Puma», que su desayuno... que no la desaparezcan... «Cómo joden», rezonga el comisario. Esa jefatura tiene cinco guardias y poco trabajo habitualmente, pero ahora está llena de mineros en el calabozo, los pasillos con personal de refuerzo que circula, el único baño atorado, y los soldados que entran y salen llevando rebeldes. Todos desean que acabe pronto como tiene que acabar. «¿Por qué se afanan tanto por un pliego de reclamos?», pregunta en voz alta. «Los policías también tienen sus reclamos de mejora, pero nosotros no hacemos huelga», me dice. Me trata con cierta confianza ahora, después de mi entrevista con el comandante de plaza. Le sonrío.

«Qué te pasa, no me toques», destaca la voz resuelta de una mujer de polleras que parece dirigir un grupo de fuerza, que le llaman «piquete». Un oficial sale a poner orden, hace el intento de asustarla, «¿Están contra el gobierno? La orden es que todos entran a trabajar, ya no hay huelga». Ellas increpan más alto, palabras confusas en castellano, en quechua, en huanca. Dan vivas, repiten que el miedo se acabó. Siento forcejeos, un grito agudo, golpes, ruido de metales y luego silencio. Las mujeres de un piquete de huelga, las que se colocan armadas de palos en la puerta de la mina para que nadie entre, finalmente fueron depositadas en el calabozo.

Sonríó al detective que entra en la oficina, casi casi nos hemos hecho amigos en el interrogatorio de la madrugada. Ve que sudo, pero estoy tiritando y se ríe de mí. Intenta calmar mis temores explicándome que a mediodía los diez mil mineros habrán regresado al trabajo, la economía nacional podrá respirar en paz y todos volveremos a la capital para hacer nuestras vidas. «¿Por dónde vives?», me pregunta.

A mediodía todo parece igual. La radio del comisario sigue transmitiendo triunfos locales, rebeldías y detenciones. Los principales dirigentes no son ubicados aún, pero ya se ofrece dinero por un buen dato. Confían que muy pronto estará solucionado. «Parece que ese Poma estuviera en todas partes», comenta una voz en la radio, desde otra comisaría en algún campamento. El sabor de los papeles que me tragué anoche regurgita en mi esófago y recuerdo que no he tomado desayuno. Tampoco probé las papitas calientes que la tarde anterior me regalara aquella humilde mujer de la choza en medio de la puna. «Para las señoras y los chiquitos del campamento minero que están botados en la pampa», le dije. «Lleva, lleva, mamita», me entregó las papas semilla que tenía aún sobre el fogón de leña.

Desaparecieron rápido en las manos de la gente que venía hambrienta desde Lima. «De madrugada nos han levantado a toditos, señora linda», me decía Josefina y había un reclamo resentido en su mirada.

—Confiado en los dirigentes, hemos bajado en marcha de sacrificio. ¿Dónde están ahora?, ¿a ver quiero verlos?

—¿Tú no eres dirigente? —le dije al que había hablado.

—El que tiene que estar aquí es Poma. Él con los directivos, ellos sí están bien cuidaditos en Lima, durmiendo en camita, seguramente, esas cositas de mistis que a él le gusta

seguramente —hablaba y me miraba con odio, como si yo fuera a responderle.

—El compañero Puma ha estado preso muchas veces por nosotros, no hables caca —le dijo alguien.

Algunos empezaron a decir lo que antes habrían callado porque, según las voces, a Poma le debían varios aumentos y la defensa de sus casos particulares ante la empresa. Pero ahora siento que deslizaban enojo por algo que no terminaron de expresar delante de mí.

Pequeñas piedras de hielo, el granizo, empezaron a golpearnos la cabeza y ya estábamos buscando con la mirada un camión, una camioneta, cuando apareció un portatropas que en cinco minutos embarcó a los setenta sonámbulos que tiritaban en medio de la pampa. También a mí. Un detective me separó del grupo y me entregó directamente al comisario. «No sé de dónde ha salido esta».

¿Cuándo se dará cuenta mi familia? ¿Seré una desaparecida, denunciarán en algún lado? Intento no pensar ni recordar las historias que cuentan sobre el Plan Cóndor, los desaparecidos en Argentina y Chile, me esfuerzo en no sentir deseos ni temores. Repaso una y otra vez en mi mente las respuestas que he dado a los interrogatorios. ¿He sido coherente?

—Para la señora Puma —dicen las mujeres en la puerta—. Su almuerzo es. Hasta que le den no nos vamos a ir.

Otra vez la trifulca allá afuera. Las mujeres hablan todas al mismo tiempo. «Hazme quedar, si quieres, no me voy a devolver, ya sabes», le dicen a los guardias. La radio del comisario está muy alta y esa voz ignota suena excitada: «¡Cayó Poma en La Oroya! Una carga de dinamita le explotó cuando intentaba lanzarla a las fuerzas del orden», el corazón se paraliza —unas manos me toman las manos, una voz me dice:

«¡Confía!» y luego se lanza en cabalgata. La noticia se extiende, los policías celebran, la delegación en la puerta se echa a llorar con ese llanto agudo de las mujeres del Ande. Yo quisiera salir, pero me envuelvo en la frazada. El comisario irrumpe desde el comedor con los fideos aún en la boca, ¿qué pasa acá? «La señora Puma», le gritan. «La señora Puma». Hay muchas polleras ahí afuera... «La señora...».

Con paso firme, el oficial entra en la oficina. Tiene ojos verdosos que ahora están llameantes. «Venga», me dice. Yo me enredo los pies por causa de la frazada, casi a rastras me lleva a la puerta y me muestra frente a la comadre Domitila, la vecina Paca, la Mulata y la Margarita, las más bravas.

—¡Señora Puma! —corren a abrazarme con cariño—. Creímos que la iban a desaparecer, vecina —me dicen con voz llorosa y entre risas, así como son ellas.

—Me engañó bonito, ¿eh? —me mira con mueca rencorosa el comisario. Yo no sonrío. Ahora solo les estoy diciendo a mis amigas que no se preocupen. Puma vive.

Último invierno con Paloma

por Majenda Melgarejo Aliaga

Yaces sobre la arena, nada puedo hacer para recuperarte, te he perdido.

Hoy me he levantado de la cama, por fin lo he conseguido, sigo observando el mismo paisaje a través de la ventana, la sombra perpendicular que va creando la caída del sol, busco algo para abrigarme y lo único que encuentro es una capucha que tiene el borde de los puños gastados, me la pongo, abro la ventana, necesito respirar aire, en el calendario dice que es 5 de mayo, voy arrancando los días, uno tras otro hasta llegar al 15, enciendo el televisor, es 15, tengo la certeza de ello, sin embargo, necesito comprobarlo, voy pasando los canales uno tras otro hasta llegar al de las noticias, sí es 15, me duele un poco el cuello, es la huella que ha horadado en mi cabeza la almohada, cuántas horas he pasado en cama, no lo recuerdo más. Yo hubiese sido un caballero, no lo era contigo en mis manos.

Hoy me he levantado de la cama, siento la boca toda seca, me cuesta tanto pasar la saliva, me he levantado y puedo observar el vacío que dejé, cómo mi cuerpo ha ido amoldando

el colchón hacia sí mismo, he reptado fuera de la cama al fin, busco entre la ropa sucia un polo y un *short*, un buzo, qué sé yo, algo con que cubrirme, voy hacia la sala en búsqueda de aire.

Dicen que el paisaje puede ser el mismo, lo importante es mirar las cosas con otros ojos, contigo en mis pupilas el panorama era diferente siempre, el tiempo se me escapaba de los dedos, ahora siento que los días pasan más lentos incluso en ciertos instantes puedo contar los segundos, cada segundo que tardo en abrir los ojos para descubrir que aún respiro, lo que demoro en dejar la cobija, colocarme las sandalias, levantarme y procurar algo que me abrigue para afrontar el frío, un frío que viene no sé cómo explicarlo, que viene desde dentro; cada segundo que tardo en colocar el agua en la tetera para beber un café pensándote, luego me dirijo de nuevo a la cama para ordenarla sintiendo que podrías estar acá ahora conmigo y yo no estaría pensando en volver a dormir, dormir contigo a mi lado sería lo último que haría, no creo que alguien pudiese lograrlo. Yo que te quería, yo que me aferré a ti como si fueras, caray, sí, lo eres, la cosa más linda del mundo. Como no hacerlo, como no quererte *si ella no miente, ella no miente, y ella está ahí cuando tu día se terminó y quieres correr*, la primera vez que escuché la canción de Clapton no la entendía del todo y ahora que la hallé en la radio las palabras son precisas, si todo no anda bien *If you got bad news, you wanna kick them blues*, solo necesitaba que llegaras y las cosas empezaban a mejorar.

Esta tarde he pensado en cómo llegaste a mí. Y ello me ha estremecido, sé que ahora has de estar con cualquiera que pueda pagar tu precio, ahora que miré mi billetera en busca de algún fragmento tuyo que haya quedado por ahí, algo de

tu aroma y al no hallar nada siento un vahído, a ratos me pregunto cómo terminaste convirtiendote en una obsesión que necesitaba tener aunque fuese compartida. O quizá te convertiste en una curiosa luz, una que se apoderaba de mí. Ahora que ya no estás, ¿qué iluminará?

Admito que aquella noche, con veintiún años encima, iba al centro de la ciudad buscándome o tal vez buscándote, de alguna manera tentando algo que me dejase fuera foco. Mientras la Luna ya se había adueñado de todos nosotros, te apoderaste de mí, estuve contigo un breve instante y me largué. Aun a ratos traigo ánimos de volver a sentirte, creo que fue un jueves o quizá miércoles, estaba con un exnovio, caminábamos ese día por el centro de Quilca, cruzamos la plaza San Martín, era casi la medianoche, me dijo que sabía dónde encontrarte a pesar de que nunca antes te había tenido cerca, acepté, él era músico, creo, o al menos fingía muy bien serlo, caminamos por el Jirón de la Unión rumbo a la Plaza de Armas, son apenas cinco cuadras y el corazón ya me daba un pequeño vuelco por saber que te vería, sí, esa noche te ibas a apoderar de mí y yo como un pequeño niño ansiaba verte, algo me daba cierta certeza de que si te tenía dentro de mí, que si te percibía, no iba a poder dejarte, en el fondo lo sabía y era algo que ansiaba, qué importaba si después, si mañana, cuando me levantase con tu nombre en mis pupilas, no pudiese dejarte más, que importaba si no eras solo mía, si tenía que compartirte, lo único que yo sabía, en ese instante que pagaba por ti, era que ibas a ser mía, aunque más precisamente, yo, yo iba a ser tuya, yo iba a convertirme en una más de tus adeptos, quizás uno de los más fieles.

Tras un pequeño intercambio de dinero te tuve entre mis manos, para mí el tiempo que pasó entre el pago y tenerte me

pareció una eternidad, es algo que podría entender solo alguien subyugado por ti. Tu valor se ha ido elevando con cada año que pasa y sí me gustaría a veces que permanezcas solo conmigo, que estés solo para mí sobre todo cuando estamos con mis amigos y vas pasando de mano en mano para una u otro, sin embargo, sé que no es posible.

Un día me obligaron de verdad, yo no quería dejarte ir, decían que no hacía otra cosa más que despertar con tu nombre en mis pupilas, me dieron un ultimátum, ni sé bien cómo me terminaron de convencer, debía dejarte, no quería hacerlo, habría que ser muy tonto para no saber que me haces un poco de daño, mas no lo decía el viejo indecente: «Encuentra lo que amas y deja que te mate». Lo nuestro fue idílico, lo admito, he hecho cosas inimaginables por ti. He robado por ti, aquel día que cogía dinero de mis amigos, que mis amigos me habían dado para comprar alcohol y fingí que se me había caído. Ese día, mientras cogía la billetera de Jota que dormitaba en medio de la fiesta, he sonreído y mucho, sabiendo que pronto te tendría dentro de mí, ha sido terrible tener que sonreír por dentro, no podía hacer ruido. He mentido por ti como cuando me preguntaron en la reu de André si te había visto, que Jorge te había traído, y yo les dije que no desde el teléfono, que yo me había ido antes porque tenía trabajo al día siguiente y tú estabas entre mis manos. He aprendido a inventar historias por ti y he caído muy bajo, lo confieso, por ir en tu búsqueda, he hecho cosas de las que no me arrepiento porque cuando se quiere es así y yo, aunque a alguno le cause repulsa, yo a ti te quiero y no puedo negar toda la falta que me haces, yo te necesito.

Hay una curiosa calidez cuando empiezas a tomarme, y tras tenerte dentro es como si de pronto pudiera tocar el

cielo con mis manos, sé que esa es la razón por la que todos te adoran y, sin embargo, yo, creo que solo yo, he pasado noches enteras pensando en ti porque debo dejarte aunque no quiera y aunque me cueste mucho hacerlo y haya días en los que mi voluntad se ve mellada.

Hoy te he visto y he temblado al hacerlo, ha sido solo un instante, un amigo mío me dijo: «Adivina quién vino conmigo», «¿Paloma?», le he preguntado, ha extendido sus labios de manera enorme formando una sonrisa, me ha dicho: «Sí, tu novia de blanco, Paloma, está radiante, brilla. Mírala», y lo he hecho, ya ni ha sido necesario decir que sí, que quiero sentirte de nuevo, que tú vuelvas a apoderarte de mí, que mis senos paranasales, que mis aletas, sé que sería maravilloso volver a sentirte, estoy a punto de llorar por ello, sería glorioso volver a tu aroma, estoy tan nerviosa, tanto, que al estirar mi mano para cogerte me he resbalado y con ello he provocado tu caída sobre la caja del gato, estábamos en el baño y he soltado una risa nerviosa, mi amigo ha abierto los ojos tan grandes y ha ahogado un grito al ver que caías.

Yaces sobre la arena del gato, nada puedo hacer por recuperarte, eres polvo y has vuelto a él.

El alivio

por Alfonso Rivadeneyra García

Seguro es una advertencia, Alfa. En el sueño me defeco a mí misma, primero salen estas manos, luego la cabeza, cuello, pechos y piernas. Me hundo en el agua del inodoro, la luz desaparece. No es el peor de mis sueños, imágenes que me empujaron a estudiar lo sobrenatural, pero por alguna razón no puedo olvidarlo ahora que atiendo a la primera clienta en meses. ¿Una advertencia? Sí, claro... hace años habría creído eso, hoy solo quiero pagar la hipoteca.

—Mírala, Alfa. Parece en calma, pero sus manos dicen otra cosa.

—Señora Bianca, ¿con quién habla? ¿Qué es un Alfa?

La clienta se restriega los ojos. Cortinas negras bloquean la luz del Sol, pero la única vela hace las veces de estrella, una guía en el vacío del cosmos. Resulta que su hija Melanie está medio loca, pero ni psiquiatras ni exorcistas han sido de ayuda. Seguro le hicieron magia negra, usted es mi última esperanza, doña Bianca, dice entre mocos. Uso mi mejor imitación de serpiente del Edén para decirle que todo se

solucionará, mamita, una vez pagues la consulta. No, mamita, no doy recibo por honorarios.

Melanie apesta, Alfa. Si yo fuera su madre, pagaría por jabón en lugar de una embustera. Tiene catorce, pero parece mayor, pues habla poco y, cuando lo hace, no es para que le explique la lectura de cartas sino para saber de mí. Le cuento de mis viejos amores, de los viajes de antaño, que ahora disfruto la soledad, pero ella se niega a mostrar su alma. Le odio un poco, buena señal según mi experiencia. Al final hablo de ti, Alfa, que eres mi «espíritu» guardián, que estás conmigo en cada momento, que a veces te escribo cartas. Haz lo mismo, le digo, concéntrate para encontrar un fantasma y blablablá; no olvides enviar una copia a mi correo, cariño.

En casa pierdo la noción del tiempo, Alfa, también el sueño. No debí dejar el antipsicótico, pero era eso o pagar la electricidad. Cuando por fin mis ojos se cierran siento agua en la nariz, me arde y grito, pero entra más agua y solo doy vueltas y vueltas y vuel... El sonidito del celular me rescata.

Hola, pendeja. Estás segura de haberme convencido a escribir mi problema para justificar tu sueldo, pues eso de los «espíritus» guardianes ni tú te lo crees. No tengo nada mejor que hacer, así que te daré el gusto. Digamos que mi espíritu se llama Sabrina. Bienvenida a este pequeño mundo de cuatro paredes, Sabrina. Si no te gusta, piña pues.

Estoy en el bus cuando veo algo extraño, un muchacho que se mete a la pista. Me mira solo unos segundos, parece sonreír con los ojos, pero no llego a estar segura, pues entonces el camión lo golpea. Nunca olvidaré ese rojo tan intenso. Lo siguiente que recuerdo es a la gente curiosa, toman fotos del cuerpo, pegan la cara a las ventanillas... solo les falta babear. Los detesto por ser como son, les deseo la muerte... entonces un bus choca contra

el mío, solo yo sobrevivo, ilesa. Días después, cuando mi madre se convence de que estoy bien, me pongo el horrendo uniforme de colegio y este se transforma ante mis ojos. No más chompa rosada y falda escocesa, hola blusa de algodón y shorts deportivos. No me juzgues, Sabrina, tengo buen gusto, pero ese no es el punto. Estoy segura de que ese muchacho me dio poderes al morir y ahora cualquier cosa que deseo se hace realidad.

Tenerlo todo es muy divertido. A las once de la mañana soy Jude Law y camino por París, al mediodía juego con pingüinos en la Antártida, a las tres como ravigoles en Milán, a las siete veo caer los pétalos del sakura en el otoño de Tokio, y de madrugada, en un hotel de Nueva York, Scarlett Johansson susurra cosas a mi oído que incluso ahora me sonrojan, pero ese es solo el principio. Juego rayuela en la Luna, le disparo a Hitler un millón de veces, contemplo el big bang con canchita y gaseosa, y descubro el secreto de la vida, pero es muy aburrido, así que lo cambio y escondo la respuesta en un libro de chistes. ¿Todo parece perfecto, no Sabrina? Pero como debes de imaginar, mientras escribo esta historia, predecible como muchas otras, en algún momento las cosas se tienen que ir a la mierda. Estoy cansada, pero no tanto como para olvidar enviar esto a la perra.

* * *

Odio conducir, Alfa, pero aquí estoy rumbo a casa de Melanie. Es el auto de papá, brillante como el Sol, negro como el pecado y dentro apenas veo la pista, pues solo hay una cosa en mi mente; si quieres mira, pero no te asustes. En el cuarto de la niña el vértigo me abraza, una fuerza parece llevarme al desagüe donde confluyen todos los desagües.

—Mírame a la cara, Melanie. Vamos, repite que soy una perra pendeja.

Melanie guarda silencio, como si esperara algo. Bajo la mirada y me descubro agarrando su brazo con fuerza, como si quisiera evitar el arrastre del remolino. Tengo miedo de mí misma, pero lo disimulo y aflojo los dedos. Es momento de ponerme seria, le digo que es importante confiar en los demás y cómo las mentiras de la carta no ayudan a forjar ese vínculo, pues soy bruja, pero no tonta. Responde con más silencio, pero no pienso salir sin una explicación. Entonces me mira a los ojos y siento algo muy familiar: el vértigo, la asfixia. Despierto empapada, con la falda y el calzón abajo, sentada en mi inodoro. Grito tanto que viene la Policía.

Los días parecen eternos. Golpeo mi cara para no sucumbir al sueño, para no ver la espiral de terrores otra vez. Melanie mandó el segundo mensaje hace unas horas, pero me aterra leerlo. El miedo a que toque mi puerta si no le respondo es mayor, así que me preparo para lo peor.

Sabrina no está por aquí, así que esto es solo para tus ojos. No recuerdo el momento exacto en que la incertidumbre llegó a mi vida. ¿Todo esto durará para siempre? El temor de soñar con el fin de los poderes me paraliza. Mis dudas siembran más dudas; mis deseos se cumplen, pero solo a veces. Esto no es vivir, Bianca. Aún tengo tus marcas en mi brazo, pero eso no basta. ¿Cuánto más debo hacerte sufrir para que me mates? No puedo hacerlo sola como el chico del camión, créeme, lo he intentado. Sabrina se fue, tal vez cobró vida propia e intenta ser una chica de verdad, disfrutar del mundo lejos de aquí. Tal vez está detrás de ti, esperando a que acabes de leer esto para traerte conmigo. Seguro tienes curiosidad, anda, VOLTEA.

* * *

Sé que no eres real, Alfa, pero durante todos los años que he vivido estafando a la gente has sido lo que necesito: un amigo. Desearía verte aquí y no a Sabrina con sus brazos inmensos que me envuelven en oscuridad, que me invocan hacia Melanie. En el camino escucho un chorro rítmico, reconocible. Es obvio qué debo hacer: pujo como nunca antes lo había hecho y Sabrina no puede evitar mi huida. El agua me golpea en todas direcciones, la garganta me duele, siento que algo se rompe en mi cabeza mientras escucho el grito desesperado de Melanie. Veinte años como estafadora y recién veo cumplido un sueño. Pero no me engaño, el resultado está lejos de una advertencia. Demasiado dulce, demasiado triste.

Perspectiva

por Claudio Temoche Cortez

En una amplia habitación con tenue luz, una pareja reposa en la cama. La mujer, muy joven, mira al hombre mayor extasiada, como si luego del intenso encuentro fuese a surgir algo importante. Él tiene en la mirada el brillo que otorga el orgullo de haber seducido y disfrutado de una inexperta y guapa mujer. Ella transmite ternura e inocencia, parece creer que será para siempre. Él, el recorrido, para comprender que debe llevar las cosas con calma. Salvo por la poca ropa regada en el piso, el intenso manto negro de la noche que se filtra por la pequeña ventana y unas sombras que se difuminan en la parte baja, todo es exageradamente blanco.

—Es un homenaje a la pureza —dice la joven estudiante de arte, de pelo lacio y suelto, que adquiere un aspecto interesante con sus lentes de marco grueso y verde fosforescente—. Es su primera vez —remarca la infaltable seguidora del artista.

—Yo creo más bien que es un típico encuentro con previo pago —opina su moreno acompañante—. Por la intensidad

que transmiten los dos en la cama. Además, él la mira con perverso deseo —añade. Y antes de que la joven replique, agrega— Eso sí, me llama la atención la libertad que se toma con las dimensiones de los objetos accesorios. Juega con ellos.

—Cuándo no tú, con la mirada de arquitecto —le reclama la joven con coqueta sonrisa—. No creo que sea sexo por dinero, la blancura es sinónimo de pureza. Además —concluye—, ella lo mira con amor. ¡Se ve tan natural!

—Puede ser —parece ceder su acompañante—, pero lo que no entiendo es qué le ves a este artista. Su estilo es tan predecible, no aporta nada nuevo al arte, parece que tiene buenos contactos con los medios.

El rostro de Ariana se transformó. Le molesta el ya recurrente tono celoso del reclamo. La inseguridad que siempre aflora por la diferencia de años, como dicen sus amigas.

—Lo que pasa es que ¡tú no entiendes!

—¿Han visto las sombras en la parte baja? —les pregunta un barbudo hombre con facha de artista bohemio y conocedor, al que le importa poco interrumpir lo que parecía ser el inicio de una discusión—. Para mí, son observadores. Han visto todo el acto... —y sin darles tiempo de reaccionar, afirma con autoritaria energía— Esta obra es una clara manifestación de rechazo a una sociedad cucufata, que mira con mucho temor las relaciones que le parecen poco convencionales —dice. Ya más tranquilo añade— Es como decir: «Me importa un pepino lo que piense y diga la gente».

—Yo creo más bien que ese detalle demuestra una crítica a la invasión de la privacidad que hoy vivimos —exclama en voz alta, mientras se acerca a los tres, un anciano y elegante hombre con marcado acento francés, que los estuvo escuchando a prudente distancia. Ya de cerca, algo agotado por el

ímpetu inicial, agrega— Por la tecnología y eso que llaman ustedes, los jóvenes —mirando a la futura escultora—, redes sociales.

La muchacha asiente y él, algo motivado por la aceptación de su ahora oyente, prácticamente grita:

—Hoy se meten hasta en tu cama.

Más alejado y con una voz muy débil, que apenas se percibe, otro hombre se esfuerza por exclamar: «Es su obra más auténtica».

En pocos minutos una decena de personas intercambian apasionadas opiniones en torno a esa acuarela. La muestra reúne dieciocho cuadros de diferentes dimensiones, pero similar estilo. La galería está prácticamente llena. Salvo ese entusiasta grupo, la mayoría conversa en dúos o tríos. Todos esperan con impaciencia al pintor peruano de moda. En la parte alta de la sala, un hombre mayor y una muy joven mujer observan, estratégicamente ubicados, la reacción del numeroso público y algunos críticos que ya tienen muy bien identificados.

—Desde que me encargaste la muestra, Enrique —dice la nerviosa curadora—, siempre creí que «Ninfas» (un cuadro de adolescentes desnudas jugando y disfrutando del agua en una hermosa catarata) iba a ser el que generaría mayor entusiasmo y controversia.

—El público y la crítica son impredecibles, Fiorelita —responde el artista, con la típica voz calma de alguien que se come el mundo. Y agrega, mientras que le lanza una mirada que a ella le sigue ocasionando una mezcla de temor y deseo— Lo importante es que, aunque sea por un cuadro, la muestra tenga trascendencia. Ya lo verás en nuestros próximos proyectos —mirando desde aquí ya tengo ideas para nuevos cuadros.

—Y eso que aparecen dos mujeres besándose— replica la responsable de la muestra, algo sonrojada. A ella, el cuadro, rodeado por una multitud, le producía sensaciones raras, creía verse en el lienzo. Le recordaba aquella noche de debilidad, que con copas de más, se quedó dormida en la habitación del pintor.

No le da tiempo a agregar nada más a su debutante y atractiva socia. Enrique intuye lo que se podría venir, la coge de la mano, con la seguridad, que ella necesita y la conduce hacia la escalera en busca de los ansiosos invitados. Los mozos ya tienen listas las copas de vino para el brindis de honor que seguramente animará la tertulia.

Unos fervorosos y sinceros aplausos lo reciben en la sala; los años le han dado admiradores incondicionales. Esos que lo esperan para que les firme el afiche de la muestra. Trata de hacer venias personalizadas, y cuando llega al centro, llama a Fiorella y hace un gesto para que la aplaudan. A la rubia antropóloga le sobrepasa la emoción.

Enrique aprovecha el éxtasis de la curadora, la deja y se aproxima a la esquina donde se encuentran su joven y guapa esposa, así como Camila, su hijastra. En el trayecto da la mano a los que se acercan a felicitarlo. La más efusiva, la estudiante de arte.

—Viniste —dice en voz baja el artista, mientras le clava los ojos. Ariana se sonroja. Al llegar, besa tiernamente en los labios a Susana, quien ya está acostumbrada al entusiasmo que genera su esposo entre el público femenino. Luego dirige una pícaro mirada a la adolescente mientras pregunta:

—¿Te gustan las pinturas? ¿Qué opinas?

—Todo está mostro, papá. ¡Te pasaste! —dice la linda damisela de ojos celestes, cabello castaño y una cintura que

proyecta tiempos mejores, quien con total admiración se abalanza sobre su ya adiposo cuello.

El pintor hasta hace unas horas moría porque esos pocos segundos fuesen eternos. La emoción que le producía el percibir su inocente aroma, el sentir las suaves caricias de su ensortijado y largo cabello, pero sobre todo al temblar con el ligero roce de su cuerpo, lo hacía sentir feliz, aunque también una basura. Cree que el concluir con el endemoniado cuadro, el último pintado, el lienzo que le ocasionaba angustia, culpa e insomnio —aquel que tuvo que recrear varias veces; su cuadro, por lo menos durante un tiempo—, lo alejaba de los demonios que atormentan su vida.

Ariana, que observó toda la escena familiar, por un momento se llena de dudas, pero se recompone y logra convencerse de que aquellas noches que pasó en el estudio de Enrique no fueron en vano. Mira tiernamente a su nuevamente ilusionado novio y sonrío con una sensación de victoria mientras le dice:

—Vamos, ya es hora de representar el cuadro contigo.

El desfiladero de bustos

por Bruno Cueva

Leonard sostuvo la cizalla sin miedo a cercenarse y realizó una palanca con fuerza descomunal. Al tanto que forzaba la ruptura de los candados, sus pieles parecían arder en una caldera de furia al traer a su memoria aquella frase que creyó haber oído —entre los murmullos de los visitantes— por parte de Doichin hacia Nuria: «Tú serás mi mejor arte». Él recordó, con notables huellas de paroxismo, las advertencias que le hizo al cuarentón —como le decía despectivamente—, para que no se vuelva a acercar a su mujer. Regresó a la realidad en un santiamén. Soltó la cizalla y dio suspiros profundos como un toro embravecido. Apretó sus uñas contra la palma de su mano, volvió a coger la herramienta y con obsesionada inmediatez prosiguió la faena.

En la década de 1990, Doichin abrió su galería de arte en la periferia de la ciudad de Iquitos. Sus elaboradas esculturas de alabastro con formas de animales exóticos en conjunto con los diseños de máscaras de jade de influencias mesoamericanas saltaban como muestras fidedignas de su talento; sin

embargo, lo que más desconcierto causaba a los espectadores se hallaba en la garganta de la galería: la estancia de bustos de bronce y terracota policromada. Esta técnica escultórica fue adherida a los genes de Doichin cuando vio en un libro de arte una réplica del busto de Nicollo Da Uzzano, atribuido a Donatello. A partir de ese periodo —entre su adolescencia y etapa madura—, el artista plástico perfeccionó su pericia para amoldar figuras de rostros con las manos. Su trabajo era tan bueno que sus más cercanos críticos contaban que estas figuras de arcilla endurecida resaltaban porque él «adosaba máscaras funerarias a la silueta primaria».

Visitantes de todas las edades afirmaban que entrar en ese estrecho espacio les resultaba incómodo. Uno que otro explicaba que los ojos de aquellas cabezas compactas parecían gozar de vitalidad, y como para confirmar esta asombrosa hipótesis, en los últimos dos de los tres asaltos que sufrió el artista en quince años de aperturas, no intentaron forzar la cerradura de ese desfiladero, asentando más la idea de espanto. Precisamente en ese pasaje luctuoso fue donde Leonard distinguió gesticulaciones sospechosas de Nuria, pues tal se volvió el encanto de ella por el artista, que la distancia prudente entre ambos se había eliminado.

Hablar de la personalidad de Doichin Coviello para cualquier allegado o familiar no era ejercicio común. La extensión de sus pasos respondía casi siempre a un estado de languidez, una parsimonia física que disimulaba con su buen uso de las palabras. Era de las personas que no hablan mucho, pero cuando lo hacen, comprimen todo el mensaje en unos cuantos abrir y cerrar de boca. De su vida personal y sus amoríos se sabía poco o casi nada. No se conocía con certeza el porqué prefería cuidar él mismo su galería y no contratar a una

empresa de seguridad, puesto que Doichin también vivía allí. Sus vecinos le recomendaban poner cercos eléctricos y alarmas antirrobo, pero el artista reaccionaba reacio a adoptar las sugerencias.

—¿Qué mierda le pasa a esto? ¡Ábrete, candado mugriento! Como te encuentre aquí, Nuria... ¡mataré a los dos arrojándoles lo primero que esté en mi camino! —musitó Leonard, al tanto que sus manos sudorosas perjudicaban su relación simbiótica con la herramienta.

Las palabras de su mujer, las discusiones, reproches, agresiones, se materializaban en demonios que lo cegaban. De rato en rato perdía la cordura y sus recuerdos, con destellos de rabia, apretujaban sus piernas, impidiendo que prosiga con su búsqueda. «Solo lo he visto dos veces... ¿crees que voy a preferirlo a él? ¿Crees que una simple conversación de camaradería signifique algo? A él lo admiro. Solo es admiración. Tú eres mi marido. ¿Quién cambia once años por tres días? Tus inseguridades me han hecho perder muchas amistades. Algún día debes ceder...», le increpó Nuria unos días atrás. A pesar de las explicaciones de su cónyuge, Leonard, fiel a sus convicciones desde antaño, le advirtió que no volviera a ponerse en contacto con ese hombre.

—¿Cómo que serás su mejor arte? —dijo Leonard en la discusión final—, ¡cualquier hombre de este mundo reaccionaría como yo!

—Es que... ¿no te das cuenta de que no se trata de lo que me dijo sino la forma en la que lo dijo? —respondió Nuria, al momento que abría la cremallera de su vestido para colocarse su ropa de noche—. Creo que solo quiere pintarme. Serán solo un par de horas y quiere privacidad. Te voy a pedir, por favor, que no me acompañes a su taller porque me he fijado

que tu presencia es incómoda para él. Puede que también lo sea para mí.

—¿Y por qué no puedo estar yo? ¿Te pintará desnuda acaso?

—No es eso. Es que debemos dejarnos respirar un rato.

—¿Respirar? —farfulló Leonard, cuando lanzó su reloj de pulsera a la alfombra de la habitación.

—¡No reacciones así, cariño! Debes controlar tus impulsos. Es cierto que nos hemos dado este tiempo para estar lejos de Lima aunque sea unas semanas, pero... ponte a pensar en las veces que te apoyé, cuando hacías cosas que no eran de mi agrado. Ahora es tu deber entenderme. No será la primera vez que te demuestre que el hombre de mi vida solo eres...

—Ese tiempo del que hablas era para estar juntos, no para que te encierres con un hombre en un taller que apenas conoces. Quién sabe cuáles son las intenciones de ese cuarentón. ¡Vete a donde mierda sea! —gritó Leonard, quien salió ofuscado por las polvorientas puertas del hotel sin dar explicaciones sobre su paradero.

Volvió en sí. Improvisó otra palanca y pisó con vehemencia una de las larguiruchas patas de su única confidente. Sacó fuerzas de lo enfadado que estaba. El candado cedió y Leonard se tambaleó como un niño que recién aprende a sostenerse en pie. Abrió con cuidado la puerta y un estridente sonido de *groove metal* se expandió en la habitación de esculturas de alabastro y se deslizó por las paredes como ratas. Para una persona como él, que no estaba acostumbrada a escuchar este tipo de música con tonos graves y *screams* y *riffs* del bátrato, era como si le apostasen la respiración de un ogro hosco en sus hombros, con sed de sangre humana.

Los chillidos de las guitarras eléctricas aumentaban sus decibelios más y más a medida que se desplazaba en línea recta; la luz intermitente de las luciérnagas amparaba al salón con una baja visibilidad que se filtraba desde las ventanas.

Por un momento olvidó que la música pesada se expandía con cada acercamiento a las vitrinas que conectaban con la sala de máscaras de jade. A los segundos, tropezó cuando advirtió que sus tímpanos eran víctimas mortales de la estridencia: la mandíbula de una hormiga bala —escultura de ingentes proporciones— rozó su hombro izquierdo y se destrozó en las losetas. De no haber sido por tener la mente ocupada por sus pensamientos indecorosos, lo estrambótico de la situación lo hubiera sumido en un paroxismo todavía más evidente. Por fortuna, el ruido del accidente no superó al de la música, pero de todas maneras se puso de cuclillas al costado de un parante de madera para no ser descubierto. Enseguida, reptó a hurtadillas rozando los zócalos y sacudió los restos de la escultura de su casaca de cuero. A caballo entre la enajenación y los celos fue abriendo, con sumo cuidado y de rodillas, cada puerta que descubría. «Qué desorden en estos talleres. ¿Cómo una persona normal puede trabajar entre tanta inmundicia? No... no puedo dejar de imaginarlo... puede que esta mezcla de pinturas, cuadros incompletos y pedestales a medio hacer se deba a... la pasión exaltada de ambos. ¡Sí! ¡Se han tocado hasta asquearse y han dejado este desastre como muestra de sus desenfrenos!», desvarió Leonard.

Malherido y cavilando a dónde dirigirse, un olor anormal a resina y alcohol doblaba por los confusos pasillos. Empezó a sentir una somnolencia incongruente con su estado de alerta.

—¿Será este olor parte de mi exaltación? ¿O es esto lo que detestan tanto los hampones? —pensó un mar de veces en la terrible escena de la desnudez, en los violentos gemidos—, no debo estar tan lejos de pillarlos.

Empujaba y empujaba cada puerta que se interponía en su ávida búsqueda. Una de ellas no se echó para atrás y volvió a usar la cizalla, esta vez para destrozar la chapa. «Aquí están, es la única puerta cerrada. Aquí están», repetía Leonard a tempo frenético. De inmediato, irrumpió en la extraña sala que por poco y era tragada por la negrura del anochecer. Se valió de nuevo de la insignificante luminosidad de las luciérnagas —las que se desplazaban desde las ventanas del salón de en frente—, y enfocó su vista en cada rincón. Misteriosamente, sus fuerzas se seguían disipando con cada espiración. Soportó sus fornidas manos en la cizalla, agachó su cabeza para tomar aire y se dirigió a la profundidad, a pesar de que no escuchaba indicios de voces humanas. El solitario salón mostraba pistas de haber tenido ocupantes. Leonard lo sintió así al explorarlo a medias. Era la única estancia que no respondía a la lógica de los otros talleres y almacenes. Este tenía un fin diferente.

Había bombas transparentes de diferentes tamaños dispersas aquí y allá. Logró distinguir, de la misma forma, una especie de lecho blanco con unas cuerdas de hilo negro que colgaban desde una base superior de metal y a su derecha una manguera amarillenta que sobresalía de un recipiente que, por su humedad, le hizo sospechar que fue utilizado no hacía mucho. Alcanzaba a tocar los relieves que no podía ver. Como la música seguía hostigando al visitante, tuvo que acercarse mucho a otro lavadero para oír cómo unas gotas de agua se perdían en sus orificios. Tocó con torpeza el líquido que se mezclaba con el agua y, al separar sus dedos lentamente,

tuvo sensaciones de vómito al sentir una mucosidad. «Santo Dios, santo Dios, Nuria, ¿qué te han hecho?, no, no... yo te encontraré», pensó.

Con movimientos sinuosos optó arrastrarse para pasar inadvertido y cubrió su nariz para evadir el hedor a aquelarre. Salió de la sala extravagante y llegó hasta la garganta de la galería, marcada por una fila india de velas. «Aquí fue. Aquí fue donde le dijo eso; en este lugar donde pequeños grupos de estudiantes de artes plásticas apenas y se atreven a entrar de día», dijo Leonard para sí mismo. Quiso penetrar con avidez, ya de pie, en el desfiladero de bustos, pero en su afán de peinar todo el recinto, tropezó en el umbral y cayó de bruces. Antes de tomar conciencia de su situación, se dio cuenta de que la música bajaba en intensidad, como el canto de las náyades cuando abandonan los arroyos. «Demonios, debo reponerme. A estas alturas ese cuarentón ya debe de saber que he violado su entrada», imaginó. Bajó la mirada y vio entre las sombras innumerables alambres enredados en sus piernas. Soltó la cizalla. La adrenalina evitó, de momento, que sintiese dolor al retirarse las serpientes que hacían de cancerbero. La música siguió mermando. De un instante a otro, sintió que no podía seguir poniendo resistencia. Las manos le temblaban. Sus ojos se volvían pesadísimos. Cuando hubo desaparecido todo ruido, Leonard pensó lo peor y con todo lo que le quedaba hizo un esfuerzo sobrehumano y se puso de pie... aún sin librarse de sus opresoras. Tomó a duras penas la cizalla y se puso en guardia por si alguien entraba al salón.

—¡La probabilidad de tu llegada era tan alta! Dicen que el arte es metafísico y las emociones su complemento terrenal. Por tanto, ese arte magnífico, capaz de crear asombro en las personas como tú o como yo... —dijo Doichin desde

los límites del diminuto pasadizo y su epifanía tiñó de gris el lugar como un suceso preternatural.

—¡No me interesan tus estupideces! Nunca me gustó toda la basura que sale de tu boca... ¡ahora, devuélveme a Nuria, maldito hijo de puta! —interrumpió Leonard.

—Ese arte magnífico llega ahora a mí porque así el universo lo ha conspirado. Lo que me queda hacer es retribuir esa inspiración a los maestros como pago.

—¡Basta ya!

—A partir de hoy dejarás de ser un bueno para nada. Serás eterno. ¿Ves estos bustos que nos rodean? Seguro que para tu pequeño cerebro es mucho trabajo identificarlos.

Leonard tomó la cizalla más decidido, aunque con síntomas de debilidad.

—Ese de la derecha es Hipnos, personificación del sueño e hijo de Nix, según Hesíodo. Entrégate a sus brazos y déjate caer suavemente —dijo Doichin acomodándose la mascarilla que portaba y sosteniendo un arma blanca indefinible—. Yo mismo cuido todo esto. El lugar está repleto de mecanismos que liberan somníferos cuando detectan calor, a decir verdad eres el primero en probarlos. Sabía que eras tú. Los malhechores se han avisado unos a otros que no deben intentar irrumpir aquí. Ya no son incautos; hace años que no veo desconocidos vagar.

—¿Dónde... está... Nuria? —masculló Leonard bajando poco a poco su única herramienta de defensa.

El artista entró en la angosta sala. Con un bastón, el cual estaba apoyado en una de las paredes, despojó a su antagonista de la enorme cizalla y avanzó dando pasos cansinos.

—Todo el tiempo estuvo con nosotros. Tú que llevas una vida de casado, ¿es difícil reconocer su tierna sonrisa? —dijo Doichin.

Totalmente contrariado, Leonard se esmeró —en un hábito de muerte— en encontrar a Nuria, y al observar toda la fila de rostros, se asumió como un germen: inferior, subyugado, intrascendente. Los mohines de las esculturas transmitían un pasado aciago, uno que solo se podría suponer al ver sus horrores impregnados en la terracota y el bronce. Volvió a mirar en sus sopores mortecinos y distinguió algo familiar: era un busto distinto, inacabado; una escultura que se veía más imponente de lo habitual desde el polvo del suelo. La monstruosa creación iba tomando una morfología inenarrable. Lucía tan perfecta que cualquier crítico la podía confundir con una máscara mortuoria, con delineamientos fieles a la fuente, excepto por unos cortes irregulares en las zonas alledañas a la tiroides. En esa grotesca sonrisa con expresión vesánica se escondían los macabros antecedentes.

—¿Qué pasó? Te has quedado mudo. ¡Veo que ya te diste cuenta! ¿No es hermoso todo esto? Una proeza natural, una aleación de la física con el alma propia. Nuria te amaba, pero yo amaba su arte, este arte que me entregó, ¡su predisposición para ser eterna!, ¡eterna como este olor vomitivo de la trascendencia! —expresó Doichin golpeando las palabras con fanatismo— ¿Puedes oler esa fragancia, Leonard?

Antes de que el cautivo caiga en un sueño profundo solo escuchó una voz decir: «¡Tienes mucha suerte! ¡Esta noche serás eterno!».

Delación

por Bryan Paredes

Feroces ganas de emborracharme. De quemar mis entrañas. De perder la conciencia. Destruir mis tímpanos y romper mi actitud asténica. Poderosas ideas de escapar, como en los viejos fines de semana, con Flavia, a los bares del Centro de Lima. De noche y con intenciones de mandar todo al carajo. Recuerdo ese día, hace un par de años, cuando fuimos a Don Lucho y chupamos hasta que nos botaron por la pequeña puerta de metal. Luego ambulamos (¿te acordarás?), tambaleándonos, por el meado camino de Quilca hasta llegar a la plaza San Martín; miramos a los transeúntes y nos cagamos de risa porque sí, porque todo nos llegaba al pincho. Cruzamos la pista, sin ver a los costados, toreando de reojo a los repugnantes taxistas que esperan desvalijar o violar a cualquier incauta o incauto (uno nunca sabe). Y caminamos, abrasados, en ese vertiginoso círculo vicioso de estar juntos a pesar de tener a otros que esperaban —los más cojudos— en la ciudad. Y unidos, sancochados, terriblemente gastados, llegamos a la puerta de un local del jirón Ucayali. Entramos y pedimos tres

verdes, seleccionamos varias canciones en la rocola para no escucharnos por un momento. Porque eso también fue bueno, reparador. No escuchar ni mierda de nosotros. Porque a veces no tuvimos nada que decirnos: nada que iniciar, nada que terminar, sobre todo después del vértigo y el sudor insano. Así nuestro silencio, con el humo de los cigarrillos, se perdió en una mescolanza de voces del bar y el estruendo de la música. Héctor Lavoe. Oscar D'León. Rubén Blades. Miradas indecisas. Sonrisas horribas. Conspiraciones. Seguí bebiendo del mar dorado en vaso transparente, que brilla cual sol en la semioscuridad del espacio con sus luces de fiesta como estrellas. Estamos en el universo, si no te has dado cuenta, le dije a Flavia. Somos dioses con soles, pensé, y podemos hacer cualquier cosa. Somos todo y a la vez nada. Somos casualidades cósmicas. Tomé más cerveza y seguí tratando de apagar el incendio visceral que dominaba mi organismo, ese miedo latente y apabullante. Ella me miraba a los ojos, de rato en rato, soltando algunas frases, enjuiciando lo prohibido. Las cervezas se acabaron. Nos botaron del lugar. Ya es tarde, vamos a cerrar, nos reclamó antes un mozo. ¿Tarde? Recién son las dos de la madrugada. Pero era un lunes. Chupábamos un lunes por nuestra condición de cómplices; al menos en ese momento creí que ella, mi Flavia, portaba el secreto como si fuera suyo. Salimos a la pista. La tierra se movía. Me sentí gigante. Se lo mencioné y ella rió a carcajadas. Me abrazó con fuerza y, desesperados, nos besamos y seguimos avanzando, a pasos destemplados, un tanto inquietos por las flores blancas que vimos en el velorio de hace una semana y el entierro que suponía el fin de mi afrenta: la tierra debía cumplir su fin sepultador. Una atmósfera cetrina nos llevó hasta otro local que, de milagro, seguía abierto. Era una discoteca caleta,

camaleónica, donde cuerpos sudorosos y bohemios se juntaban y separaban, se rozaban y alejaban, se agarraban de las manos y unían las cabezas. El lugar reventaba de bulla. Nos abrimos paso, ensordecidos, pedimos una jarra, nos inundamos de alcohol y bailamos en un batiburrillo de anhelos. Ella me pedía que me vaya lejos, que la verdad siempre se sabe y por eso es mejor que estés lejos, César Alonso. No te enojés por lo que digo, continuó con seriedad. Nuestra aventura no terminará bien, me advirtió. Yo, ebrio, me sentía impune. Apenas oí su voz y no la miré a los ojos: tal vez ahí hubiera descubierto el final. Sí me iré, le respondí. Será contigo. Ya no tomaré más y los dejaremos, a ellos, para siempre. Ya verás. Pero bebí como si tuviera una sed antigua, inhumana, y luego las imágenes se destiñeron en mi mente. No sé cómo salimos a pisar, otra vez, el lomo rugoso y percutido de la bestia indomable que llamamos Lima. Ahora lo último que tengo de Flavia es la imagen de su cuerpo disciplinado y sensual, antes de subir al auto que, de seguro, la dejó en su casa, donde una vez renegamos de la frustración de permanecer solos unos segundos. Pensé en otro desenlace, aunque ni el detalle del alcohol mal usado, para borrar las evidencias, me hizo fugar, tal vez con ella, al último rincón de la Tierra que aguarda la felicidad de los perdidos. La culpa y el perdón, sin embargo, la orillaron a dejarme ahí, desahuciado, en la avenida Wilson, dentro de la camioneta de la Policía, sin amor.

6:25

por Marvel Sabino Pretel

«I'll tell Thee All—how Bald it grew— (...)
How all the Clocks stopped in the World—
And Sunshine pinched me—'Twas so cold—
Then how the Grief got sleepy—some—»

EMILY DICKINSON

Tictac. Tictac.

El reloj en la pared muestra las 6:13.

El de mi muñeca, que fue lo único que pude conservar,
6:25.

—¿Señorita? ¿Sabe por qué la trajeron?

El joven me pregunta ante los ojos inquisitivos de los otros. No digo nada y el joven dirige una mirada de desesperación a alguien mayor de blanco. No sabe qué más decir. El viejo de blanco le habla a los otros con autoridad.

Cierro los ojos para no escuchar, como si eso bastara. Dejo que mi mente sea llevada por rincones de la casa. Los días enteros en mi cuarto con la única compañía de una ventana opaca y una linterna. Las tardes imaginando el mar que oía tras esa ventana, queriendo que me envuelva y ser uno, o que me lleve lejos y me regale el verdadero significado de

la vida. Largas horas encerrada en el baño, esperando no ser descubierta por mamá. Aún siento el corazón desembocado que quiere gritar por mí, que quiere delatar dónde estoy.

—... y suelen tener un entorno familiar disfuncional...

Ella era mi única familia, pero ahora ya no puedo recordar su rostro sin disociarlo del horror. La sirena del corazón grita, grita, grita. La respiración se me hace torpemente pesada, palpable, evidente.

Mamá me encuentra, me coge del cabello, me arrastra por el piso. El tacto del agua helada del inodoro hace que mi cuerpo se estremezca y un intento por pedir auxilio llena mis pulmones de agua.

«Perra cochina», y las cachetadas caen una tras otra, en una cascada torrencial de ira. Quisiera evaporarme, desmaterializarme, como ese vacío que llena mi pecho, que me sofoca, que me provoca un dolor más agudo que el de mis mejillas encendidas. Un sabor metálico delata la presencia de sangre.

Escucho el tictac del reloj de la pared que, a diferencia del que llevo en la muñeca, aún palpita.

Calculo. Deben de ser las 6:22. Miro: 6:20. Maldigo.

Tengo frío, me abrazo y duele. Miro la cara interna de mis brazos y me saludan pequeñas nubes en distintas tonalidades de gris. Me acompañan. Si las palpo, duelen. ¿Cuándo aparecieron? El dolor me dice que estoy viva. Sí, estoy viva.

El último rayo de luz que consigue colarse golpea mi cara. Miro al ventanal y algo se acerca muy rápido. Es un pájaro. Se da contra la ventana. Inocente. Lo veo. Me ve. Se desliza dejando un sendero viscoso. Luego su cuerpo emprende un último vuelo antes de llegar al final del horizonte. A la orilla del ventanal, flores rojas toman su lugar.

—¿Y qué pensaba usted en ese momento?

No escuché la primera pregunta; esta vez habla el viejo de blanco.

Me toco las mejillas, ahora llenas de sangre a falta de besos. Tomo una buena bocanada de aire y despierto. Todo pasa muy rápido. Ahora a ti el agua helada te toma por sorpresa. Bienvenida. Intentas alcanzarme, pero no entiendes que ya no estoy. No estoy más atrapada en el baño. No soy yo quien huye. Los azulejos de hielo del baño se ven invadidos por pequeñas flores que se abren al llegar a su destino. Pétalos rojos que ya no caen de mi cara sino de la tuya. Vidrio de reloj contra el piso. El tiempo se detiene.

¿Qué piensa uno?, me reformulo la pregunta.

Miro mi reloj, imperturbable. Permanece marcando las 6:25, mientras el reloj de la pared señala las 6:24.

La mente se queda en blanco, como suspendida en la tarea de querer acabar con todo. ¿Qué piensa un niño al dar su primer respiro? No piensa en nada. ¿Qué pensaste cuando acerqué tu cara por última vez contra los azulejos? Desearía haber sido mejor hija, pero escogí ser pájaro.

Miro mi reloj. Finalmente, en el reloj de la pared son las 6:25.

Nadie me detiene.

Me convierto en infinito.

Berrinche literario.
Muestra de cuentos del taller de narrativa
dictado por Marco García Falcón
se terminó de imprimir en agosto de 2017
por encargo de la Subgerencia de Comunicaciones
de Petróleos del Perú-Petroperú SA

El compromiso de Petroperú con la escritura creativa va más allá de organizar los certámenes más prestigiosos y de más larga vida en el país. En no pocas ocasiones, los participantes han expresado su deseo de que la empresa organice también talleres que mejoren sus habilidades y recursos. Así nació «¿Cómo mejorar un cuento?», taller de composición y edición narrativas a cargo del escritor Marco García Falcón. Cuatro sesiones de dos horas cada una, del 19 de abril al 10 de mayo de 2017. El taller, que buscó afinar cuentos ya concluidos por los participantes o que estuvieran en proceso de escritura, puso mucho énfasis en evaluar los alcances del argumento y cómo este se plasmaba eficazmente en el relato. Sin embargo, la verdadera conclusión del taller de narrativa es este volumen, titulado **Berrinche literario**, que presenta relatos de Rubén Silva, Manuel Terrones Pacheco, Fernando Espíritu Álvarez, Rossana Sala, Ángel Málaga, Yasser Zola, Johan Sánchez, Eugenio Oliveira, Óscar Calle Elescano, Pablo Ignacio Chacón, Carmen Luz Gorriti, Majenda Melgarejo Aliaga, Alfonso Rivadeneyra García, Claudio Temoche Cortez, Bruno Cueva, Bryan Paredes y Marvel Sabino Pretel.

